

# **La revolución de las letras y otros cuentos**

Por Antonio Díaz



[antoniодiaz@tueditor.cl](mailto:antoniодiaz@tueditor.cl)

## PRESENTACION

Es muy común que en la mayoría de los libros se disponga por lo menos de una página para el prólogo. En esta edición prescindiremos de él por motivos estrictamente profesionales. Consideramos que el prólogo se ha convertido, o talvez siempre lo fue, en un desmedido panegírico dedicado al autor y a su obra, por personas conocidas o no de éste, o por algún favor o pago de por medio. Tampoco creemos que sea prudente que el prólogo se convierta en una verdadera guía que señale al lector lo que debe o no inferir de lo escrito por el autor. Creemos que es el lector el que debe sacar sus propias conclusiones, si lo cree necesario.

El editor



<http://www.tueditor.cl/>

## INDICE

La revolución de las letras  
El creador  
La araña  
El reloj  
El hombre triste  
La promesa  
El indio Juan  
Diálogo en la taberna  
La venganza

## La revolución de las letras

En algún lugar del mundo, del espacio o quizá en alguna otra dimensión, se hacían los preparativos para la celebración de un singular congreso.

Cada cien años y desde épocas remotas se reunían con el fin de analizar temas relativos a sus funciones, un grupo muy peculiar de personas.

El lugar del encuentro era el mismo desde hacía varios siglos atrás, pero conservaba intactas su belleza y su particular encanto.

Estaba situado en el centro de un infinito jardín de hermosas y coloridas flores cuya fragancia, que no podía ser comparada con ningún perfume conocido, inundaba invisiblemente el lugar.

Enormes corredores de césped atravesaban los jardines limitados en sus orillas por setos de un albo mármol que dibujaban raras pero acordes figuras que traían a la memoria los antiquísimos y también los vigentes signos utilizados para la comunicación escrita.

Para contrarrestar la planicie de esta paradisiaca visión, frondosos árboles estaban distribuidos por todos los lugares de tal forma que, visto el panorama desde arriba, llamaba la atención la perfecta simetría con que habían sido plantados.

El silencio y la soledad eran rotos por innumerables y bellísimas aves, y gigantes mariposas mantenían una incesante y mágica ronda entre las flores. Los pájaros por su parte, anidaban sin ninguna aprehensión en las ramas bajas de los árboles libres de depredadores, interpretando lo que parecían ser dulces melodías con su trinar.

Un rocío nocturno proveía de agua a vegetales y a las aves que bebían del agua acumulada entre las hojas de los árboles.

Desde lo alto era imposible divisar el límite, si es que lo había, de tan edénico lugar iluminado de día por un pequeño sol que entibiaba constantemente y sin variación el lugar.

Pero como si fuera poco la maravilla tan mal descrita anteriormente, el magnífico edificio que alojaría a tan ilustres huéspedes era de una hermosura indescriptible.

Eran veintiocho inmensas columnas de oro, que sostenían la edificación, cada una de ellas con un signo diferente dibujado con una incrustación de piedras preciosas en la mitad de su altura, la que sobrepasaba los cien metros.

Estaban dispuestas de tal manera que estas eran el soporte para la blanca estructura que también lucía bellos motivos hechos con grandes diamantes y otras desconocidas piedras preciosas que se hallaban en todo el contorno de la obra arquitectónica más extraordinaria jamás realizada. Un techo verde claro y casi transparente, tal vez de crisólito oriental, cubría la obra en toda su gran extensión, que superaban los mil metros.

Sólo de lejos podían apreciarse sus maravillas.

Ni el rey Salomón con toda su gloria ostentó algo similar.

Por las noches el espectáculo era simplemente fascinante. Un cielo dotado de cientos de grandes luceros que parecían apuntar sus brillos directamente hacia el palacio, reflejaban sus intermitentes luces en los miles de piedras preciosas incrustados en la edificación, y a la distancia parecía una fantástica danza de luciérnagas multicolores.

Cómo, de dónde vinieron, es un misterio.

Dispuestas a ingresar. Ansiosas, casi nerviosas, elegantemente vestidas, portando cada una un coqueto maletín rosa, habían hecho su aparición como por arte de magia, como salidas de la nada, como seres incorpóreos materializados para la ocasión, a voluntad. Pero ahí estaban, reales, visibles, tangibles, hermosas.

Veintiocho esbeltas damas procedían a ingresar a palacio. Todas reinas. Eran las siempre

imprescindibles Letras.

La reunión correspondiente a esta centuria era especial, tal vez por eso el nerviosismo reflejado en sus rostros, hermosos rostros, casi angelicales.

A diferencia de todas las sesiones anteriores, en que concurrían acompañada de casi una decena de sirvientas, no menos bellas, ahora serían acompañadas por diez hercúleos varones, también con sus respectivos sirvientes.

Aparecieron de la misma manera como lo hicieran las bellas doncellas, misteriosamente, sin aviso previo.

Caminaban erguidos, seguros, con viso de prepotencia, detrás de las Letras que lo hacían con no menos galanura, y que habían reparado en la indiferencia mostrada por los varones que sin ninguna manifestación de asombro ante la manifiesta suntuosidad, seguían a las damas. Al contrario, lo hacían indiferentes por los vítreos y anaranjados pasillos alumbrados por una tenue luz que manaba de las

murallas sin una aparente fuente de energía. Lo más probable era que, dada su importante posición, esto les era familiar a los señores Números.

El lujo en el interior, era igualmente fantástico, aunque un tanto más sobrio y con menos distracción. Especialmente en el salón de conferencias al que estaban ingresando lentamente las anfitrionas y sus invitados.

Cuando hubieron ingresado y habiéndose acomodado en sus magníficos asientos, la mujer que oficiaba de líder, a la que todos llamaban Primiceria, subiéndose a un engalanado escenario, se dispuso a hablar a la concurrencia, y con mucha solemnidad y bajo la atenta mirada de los presentes declaró:

—Queridas hermanas, antes de dar inicio a la sesión correspondiente a este siglo, quiero que oficialmente demos una gran y calurosa bienvenida a nuestros ilustres huéspedes, recibamos con un afectuoso aplauso a nuestros amigos y hermanos los Números.

Apenas hubo pronunciado esto, los varones se pusieron de pies y con un gesto como de asentimiento agradecían las muestras de cariños y miraban hacia el costado izquierdo en donde se encontraban las damas, con una amplia sonrisa llenos de satisfacción. Era el primer contacto entre los miembros de cada delegación. Y la

Primiceria continuó:

—Sean ustedes bienvenidos a nuestra casa y esperamos sinceramente que disfruten de su estadía y que las expectativas que motivaron su presencia les sean ampliamente satisfechas. Y a ustedes mis hermanas un saludo cariñoso y las invito a disfrutar del programa preparado para la ocasión antes de iniciar y desarrollar los diferentes temas que trataremos en esta oportunidad, que como anticipo les aseguro que son de vital importancia, pero ahora que venga la recreación.

Y toda la asamblea aplaudió con entusiasmo incluyendo los Números que lo hacían muy compuestos como temiendo arrugar sus impecables trajes negros o desordenar su fijado peinado.

Era costumbre que el primer día se dedicara a la recreación y a las manifestaciones artísticas de las congresistas. Y así lo hicieron. La Primiceria alzó sus brazos y mirando hacia el cielo, como en una invocación, y una celestial música comenzó a invadir el recinto y todas entonaron un bello himno que sólo ellas conocían.

¡Ni en el Odeón se escuchó algo igual!

Luego la Primiceria bajó del escenario para darles la oportunidad a sus hermanas para que mostraran sus diferentes aptitudes artísticas.

La letra C fue la primera en subir y después de una serie de ademanes que todos celebraban

divertidos, adoptando una actitud tragicómica declamó:

¿Cuánto he Clamado al Cielo?  
Cuitada por Culpa de mis Celos.  
Como Cendolilla en Cautiverio  
Corro Como Cabría por los Cerros  
Confiada Creo en tu Cariño  
Como Creo en el Creador.  
Con una Cálida Caricia  
Contenta a mi Cálido Corazón.  
¿Cuándo Caerás desde el Cielo?  
Cautivo te tiene Cefeo.  
Canten las Cornamusas  
Caído has del Camafeo.

Las risas y aplausos no se hicieron esperar. El manifiesto egotismo de la señorita Ce motivó que la asamblea permaneciera por largo rato riendo de buena gana, esta a su vez, permaneció largo rato haciendo reverencias y ademanes a modo de agradecimiento.

A continuación le llegó el turno a la letra Ye, que al igual como lo había hecho la señorita A, o la Primiceria, alzó sus manos y bajándolas lentamente se entregó a la música que se empezaba a oír.

Y danzó graciosa y alegremente siguiendo los sonos de una melodía griega que manaba desde el espacio mismo ejecutada por invisibles músicos. La atención se centraba en la delgada figura de la danzarina que al culminar su actuación fue ovacionada por largo rato, ahora sin risas, pero con admiración. .

Una vez que la audiencia concluyó los aplausos, la señorita A que se había ubicado en el centro de la primera fila de las butacas, se puso de pies y mirando al sector en que estaban los Números dijo sonriendo:

—Señores el escenario es todo de ustedes.

Las muestras de aprobación por parte de las Letras fue evidente, y atentas estaban a las cavilaciones en que se vieron envueltos sorprendentemente los Números.

Hasta que hubo una decisión, sería el Número Cero quien representaría a sus pares con la venia de su jefe, el número Uno, a quien todos llamaban el Principal. Subió y cruzó el proscenio ocultándose unos segundos tras los cortinajes para luego aparecer con bríos y con sus brazos extendidos incitando a una ovación. La tuvo.

Especialmente de sus similares, quienes no escatimaron esfuerzo ni formas para recibir al improvisado artista, que después de pasearse recolectando aplausos pidió a la concurrencia que lo acompañaran repitiendo las estrofas que el cantaría, y comenzó cantando:

Dicen que no valgo nada  
Que desilusión  
De lo contrario pronto  
Les doy demostración  
Rata tan. Rata tan  
Si no aparezco en un billete  
¿Qué cosas pueden comprar?  
Pero entre más me veo  
La buena vida se puede dar  
La revolución de las letras

Rata tan Rata tan  
Dicen que no soy querido  
De lo contrario, la muestra doy  
Porque los ricos me aman  
Y con los pobres nunca estoy  
Rata tan Rata tan  
Por si no me conocen  
Aquí me presento hoy  
El mismo que se despide  
Su amigo el número Cero soy  
Rata tan Rata tan.

El Número Cero era un joven bajo, con poco pelo y algunos kilos notoriamente de más, pero hacía gala de su agilidad bailando y haciendo cabriolas por largo rato mientras su público entonaba la canción, cosa que hicieron más de cinco veces transformando la reunión en una fiesta.

Fue recibido abajo con palmadas en la espalda y más de alguna en su casi calva cabeza como muestra de aprobación de parte de sus colegas.

El turno llegó ahora al número Ocho y Tres, que después de unas deliberaciones procedieron a presentar un diálogo absurdo que hacía las delicias de los presentes.

La señorita Hache también tenía un poema, pero su dificultad para hablar se lo impedía. De manera que solicitó la ayuda de la Eme, la que gustosa lo leyó, y sólo una vez que los aplausos terminaran y justo antes de bajar declaró que la autoría correspondía a la Hache, lo que motivó a que los aplausos se reanudaran.

La Jota bailó.

La U interpretó una canción lírica.

Letras y Números se fueron turnando para dar vida al singular espectáculo por el resto del día hasta que llegó la hora de tomar un refrigerio y descansar de la agitada pero divertida jornada.

Y así lo hicieron, retirándose cada uno a sus respectivas habitaciones. Mañana sería distinto. Había que trabajar.

Al día siguiente y a la hora acordada se volvieron a reunir en otro salón provisto de todas las comodidades para celebrar un congreso.

La Primicería se situó en un podio en lo alto de la sala. Un poco más abajo lo hicieron sus secretarías y consejeras, las letras E, I, O, U que se disponían a tomar nota de todas las resoluciones allí adoptadas.

Con parsimonia esperó el silencio absoluto y cuando sucedió, se dispuso a hablar:

—Compañeras, recuerdo como hace varios siglos atrás hice mención a lo importantes y decisivas que resultaríamos para el futuro de la humanidad. Para su desarrollo, su formación, su conocimiento y para el engrandecimiento de la humanidad. Recuerdo haber mencionado, como a través de nosotras, las Letras, el hombre llegaría al conocimiento pleno de la verdad.

Y ha sido así que el ser humano, por medio de la palabra escrita ha adquirido la sabiduría que ahora ostenta. El conocimiento innegable para desenvolverse prudentemente en los diferentes escenarios que la vida le depara.

Nuestra confederación ha debido experimentar muchos cambios desde nuestra formación. Desde el sánscrito, el griego, latín y demás idiomas arios, hemos sufrido muchas modificaciones para satisfacer las necesidades de cada pueblo. Además hemos sido testigos de la formación de nuevas confederaciones a través del tiempo, mismas que en este minuto se aprestan o están celebrando similar reunión, también acompañadas de los señores Números.

Estos, al ser mencionados se irguieron más aún. Y se mostraban visiblemente interesados en los dichos de la oradora que continuó hablando:

—A pesar de todas las transformaciones sufridas, grandes o pequeñas, lo que no cambia, ni lo hará en el futuro, es nuestra misión.

Estando, pues, al servicio de los hombres, nos está impedido oponernos siquiera a las decisiones por ellos tomadas. Pero lo que el hombre esta impedido de hacer, es buscar un sustituto que les brinde o proporcione la luz que solamente con nosotras puede obtener.

Aquí los Números estuvieron a un tris de perder la compostura, especialmente el Principal, que frunció el ceño con evidentes muestras de desaprobación. Lo propio hicieron los demás que se miraban con una sonrisa burlona, gesto que la Primiceria creyó advertir, pero continuó hablando:

La invitación extendida a nuestros hermanos los números, a los que agradecemos la hayan aceptado, ha sido considerando las diferentes anomalías que hemos detectado en “estos últimos tiempos”, y sobremanera nos interesa conocer su opinión. Si bien es cierto que estos defectos han permanecido a través del tiempo seguramente debido a la naturaleza del ser humano, también lo es el hecho de que la situación está tomando caracteres peligrosos por su práctica generalizada.

Ha sido por medio de nosotras que el hombre, desde sus primeros días, ha escrito y relatado los acontecimientos más importantes, lo que conocemos por el nombre de historia.

Conoce el hombre el origen del mundo por medio de la palabra escrita.

Los más bellos poemas de amor permanecerán por los tiempos impresos para las futuras generaciones.

El conocimiento de las ciencias que tanto beneficio le ha traído al hombre permanece escrito para su estudio. Y podríamos seguir mencionando cientos de aplicaciones a la que hemos sido sometidas, y podríamos concluir que el propósito para el que fuimos creadas está plenamente satisfecho.

Los defectos a los que me refería anteriormente, han permanecido en el tiempo y seguramente permanecerán precisamente porque algunos mal utilizan esta eficaz herramienta, entregándose a lo bajo, cruel, y mezquino de su corazón, y de sus pequeñas mentes.

Y aprendiendo el arte de leer y escribir no han dudado un momento en volcar su inmundicia mintiendo, engañando, denostando y toda cuanta bajeza los domina. Esto siempre lo habremos de lamentar. Y nada podemos hacer al respecto porque no nos está permitido.

Es la razón por la que no podemos envanecernos, porque a diario somos utilizadas con otros fines opuestos para lo que fuimos concebidas.

»La sentencia de muerte es dictada por el juez y leída al acusado.

¿Se habrá hecho justicia realmente?

Las leyes las dictan los legisladores y se archivan en un documento escrito.

¿Estarán los pobres y débiles debidamente representados en estas leyes?

El analfabeto firma un documento extendido por el estafador y se condena ¿Puede la ignorancia se castigada?

Hemos sido testigo de las inmundicias y de las más viles mentiras escritas por los hombres.

¿Cómo podríamos impedirlo?

Y en todo esto, participamos nosotras, y otra vez, nada podemos hacer. No nos corresponde.

¿Pero si la situación se sale de control?

¿Debemos permanecer impávidas ante el caos?

Y si a todo esto, los encargados de impartir instrucción no cumplen eficientemente su labor, fomentando, tal vez sin quererlo, la ignorancia que limita al hombre. Si la lectura, la buena lectura no es practicada ¿Se cansara el hombre de escribir? ¿Estarán los libros condenados a permanecer eternamente en un anaquel?

Todo esto y mucho más es lo que ahora nos preocupa.

No por miedo a desaparecer, porque ello sería imposible, sino que por amor al hombre y a

nuestra divina misión.

Fue aquí en donde el Principal no pudo disimular su disconformidad con lo que escuchaba y movió visiblemente su cabeza en un acto de negación imitado por sus colegas de manera más descarada aún.

A la Primiceria no lo quedaron dudas esta vez. Como también lo advirtieron las demás letras. Al parecer los señores Números tenían otra visión del problema y consideró que sería prudente enterarse cual era, además para eso habían sido invitados.

La Primerísima no perdió tiempo en cavilaciones y reanudo su exposición:

—Hay una serie de otras consideraciones que es necesario tratar aquí que nos afectan directamente y a nuestras hermanas menores. (Signos ortográficos punto, coma, acento etc.) Sin embargo considero prudente dejarlo para más adelante, porque es necesario ahora que yo haga una pausa y deje este lugar a nuestro egregio amigo el señor Número Uno, quien con toda seguridad hará un gran aporte, y esperamos con ansias sus consideraciones.

El aludido se levantó muy despacio, y caminó tan lentamente que parecía querer prolongar la incertidumbre de las damas que lo miraban con impaciencia.

Subió las verdes y cristalinas escalinatas que lo llevarían a establecer su verdad.

Cuando estuvo arriba, hizo una interminable pausa, luego juntó las palmas de sus manos abiertas a la altura del pecho como quien se dispone a rezar y dijo con voz segura y fuerte:

—Primiceria, Letras todas y acompañantes. Señores Números y secretarios (signos más, menos, por, etc.).

Quiero reiterar una vez más nuestro agradecimiento por la invitación de que hemos sido objeto para participar en este importante congreso de nuestras queridas amigas y hermanas las Letras.

Coincido con vosotras, Primiceria, en la importante labor que desempeñáis en la formación intelectual de la raza humana.

¿Cómo ignorar que grandes sabios y filósofos dejaron escrita su sabiduría como legado para la humanidad?

¿Quién podría dudar que la felicidad de los hombres se deba en parte a vuestra valiosa participación?

No sería posible el orden, el giro ascendente y evolutivo de la humanidad si el sabio creador no hubiese revelado el secreto mismo de su esencia, que soy vosotras, al hombre.

Estaríamos, seguramente, horas y horas analizando en dónde vosotras participasteis.

Y ¡valla! Si lo sabremos nosotros muy bien.

¿Quienes estaban allí enumerando las páginas llenas de vosotras?

Humildemente os digo que muchas veces, ya sea para mejor comprensión del lector o para aligerar vuestro trabajo, es que tuvimos los números una pequeña participación aparte de la ya mencionada, como es la de adatar y enumerar hechos, cosas, etc.

»Todo lo anterior no tiene por motivo ensalzarnos vanamente, lejos de mi está esa intención, sino que lo saco a relucir para que sepáis que, en forma a veces discreta, hemos estado siempre junto a vosotras, aunque pudisteis haber prescindido de nosotros, de manera tal que podemos decir con propiedad que sabemos de vuestro trabajo y comprendemos vuestras angustias, porque debéis saber que también nosotros debimos soportar un uso contrario para lo que fuimos creados. Si, usándonos se engañaba y se engaña aún a los “débiles” en prácticas de adivinación y pronósticos futuristas.

Como bien decía vuestra Primiceria, no les está permitido intervenir en las decisiones que son de exclusiva responsabilidad de los hombres, como tampoco a

nosotros. Entonces ¿Qué podemos hacer?

La respuesta a esto es, permítanme que os lo diga, ¡nada! Sí, lo que oís, ¡nada!

Porque nada es eterno. Todo tiene su fin. Todo ha de ser modificado.

»He aquí unos ejemplos.

¿Podrá un sabio de la antigüedad hacer las mismas aseveraciones si pudiese volver a nuestros días? En muchos casos, ¿no quedaría en evidencia su ignorancia?..

Y el filósofo que no tenía más conocimiento que los que sus tiempos le permitían ¿No mudaría sustancialmente sus sentencias?

Pero esto no significaría la eliminación del sabio y del filósofo, pero sí que se producirían fundamentales cambios en ellos.

Todo lo anterior nos demuestra que es necesaria la paulatina transformación y de la mano de ella, la evolución. Frente a ese fenómeno nos encontramos hoy.

De manera tal que no nos queda más que acatar lo que el destino nos depara y dejar que el curso de los acontecimientos nos señale los pasos a seguir.

»He aquí la señal.

La hora ha llegado en que debéis dejar paso a que otros tomen las riendas del carro de la ilustración.

La hora es en que debéis adoptar una función más pasiva pero no por eso menos importante.

La hora es en que nosotros los números nos encargamos de esta parte de la historia!

Las Letras no pudieron ocultar su asombro. El principal no parecía estar bromeando.

La confusión se apoderó de las damas y se miraban unas a otras incrédulas, atónitas.

En el sector de los Números la situación era opuesta. A duras penas contenían las ganas de aplaudir a su jefe y si antes su postura era con aires de suficiencia, esta vez no cabían en sí de henchidos.

El Principal hizo una breve pausa esperando a que sus interlocutoras digirieran el final de sus palabras. Sabía que no sería fácil. Y así lo demostraba el murmullo generalizado.

La Primiceria era la que mostraba más serenidad, hizo un casi imperceptible gesto con su mano izquierda sin voltear la cabeza, y el silencio volvió a reinar, espeso, frágil.

Lo más fuerte estaba dicho, ahora había que fundamentarlo. A eso se abocaría el Principal que se aprestó a continuar y dijo:

—Para esta misión estamos debidamente preparados porque supimos dar lectura a los acontecimientos que nos señalaban que esta hora llegaría.

Poco a poco, lentamente, fuimos advirtiendo lo que al parecer vosotras ignorasteis involuntariamente. Es probable que para nosotros haya sido más evidente.

Pero os pregunto hoy con respeto ¿Cómo no advertisteis esto cuando el hombre pasó de ser una persona con nombre a un Número, a una estadística?

¿No era eso acaso una clara señal?

Por supuesto que sí.

Sólo este ejemplo os doy y ya me encontrareis razón.

Pero si aún os queda una duda contestadme esta pregunta:

¿Es sólo por medio de los libros o textos de estudio que el hombre puede obtener instrucción? No. Definitivamente no. El avance de la ciencia ha permitido la creación de elementos que permiten la distribución de imagen y sonido simultáneamente, transmitidos desde un extremo del orbe al otro en sólo segundos, trayendo y llevando información.

—Todo esto y mucho más ha sido posible, y humildemente lo digo, ha sido por medio de sus eternos amigos los Números. ¿O es que nunca escuchasteis o entendisteis qué significaba la palabra “informática”?

¿No debe el hombre saber y marcar un número para establecer una comunicación con otro en cualquier lugar del globo terrestre?

¿Quién quiere leer para instruirse si puede utilizar la moderna tecnología que le permite ver y oír a la vez?

Y he aquí otra consideración: Suponed que un hombre forma una cifra, un Número cualquiera, y se pasea por todo el mundo mostrándolo en todas las naciones posibles.

¡El Número será descifrado por todos los pueblos!

»Simultáneamente otro hombre se pasea por la tierra con una simple palabra, qué porcentaje estiman ustedes que podrá comprender el significado de la escritura.

Admitid entonces que tengo razón y no veáis el caos donde no lo hay.

Debéis estar orgullosas de lo logrado y asumid con hidalguía el lugar que se os asigna, porque el mundo no podrá prescindir completamente de vosotras.

Reitero, no hay caos, lo que hay es evolución, en la cual vosotras tenéis participación. — Hizo una pausa.

Miles de años habían sido pieza clave en el desarrollo del mundo, y ahora alguien les estaba diciendo que su misión estaba cumplida, que de ahora en más, pasarían a un segundo plano.

No estaban dispuestas a aceptarlo. No admitirían jamás que estaban en retirada.

¿Cómo se pretendía hacerles creer que el poeta ya no las necesitaba?

Definitivamente no prestarían atención a esa faramalla, a esa sofistería barata.

Alguien estaba loco y no eran precisamente ellas.

La Primiceria miró al Número Uno inquiriendo si este tenía algo más que agregar.

Tenía.

Y como aquel que se ha sacado la careta, resueltamente se dirigió a sus pares diciendo en son de arenga:

—Compañeros, la humanidad depende de nosotros. Una ardua tarea nos espera. Largo camino hemos de recorrer y el mundo nos lo agradecerá, somos parte fundamental de una nueva era que comienza ahora, y sabrán de nosotros otros mundos.

Y dirigiéndose a la Letras concluyó:

—Amigas mías, no os pongáis tristes, tened fe y veréis como pronto os acostumbráis a la nueva vida y os repito contad con nosotros sus eternos amigos.

Muchas gracias.

Un gran estruendo hizo temblar el lugar. Eran los Números que consideraron que era pertinente ovacionar a su líder y perdiendo toda compostura gritaban de pies sobre las butacas. El Principal los saludaba con los brazos en alto dejando ver una amplia sonrisa. Y así bajo la escalinata.

La Letra A subió dejando a sus hermanas que habían palidecido de tristeza como si estuvieran asistiendo a su propio funeral.

Podían detectar un grado de burla en ese festejo, en esas miradas.

El señor asterisco tuvo la desfachatez de gritar:

— ¡Vivan los Números!

— ¡Vivan! —Corearon todos.

Una guerra de frías miradas se desató entre los servidores o secretarios de ambas entidades. Comas, Acento, y Punto estuvieron a un tris de responder las irónicas risas de sus similares los señores Igualdad, Sumando y Resta, con impropiedades no propias para su condición de damas. Fue la señorita Efe quien logró convencerlas de lo absurdo y poco digno de su actitud.

El Principal llamó a la compostura a los suyos un tanto avergonzado por la indecorosa manifestación de apoyo que él había generado en un claro arranque de soberbia.

Los números volvieron lentamente a la calma, pero sin perder de sus rostros un aire de

suficiencia y elevada dignidad, ni siquiera vista en los más altos dignatarios de las naciones más poderosas.

La Primiceria esperó pacientemente, digna, serena, casi altanera.

Sentía el peso de las miradas de sus afligidas compañeras y las saetas hirientes salidas de los maliciosos ojos de los Números.

La tensión existente en el salón era como dos opuestas corrientes de grandes vientos formando un torbellino siniestro.

Y muy tranquila declaró:

—Qué duda cabe, este congreso, queridas hermanas, ha tenido un interesante ingrediente, la insospechada postura de los señores Números me permite augurar un largo debate que espero sea abordado con la suficiente altura de miras considerando que así lo amerita el caso. Por lo que considero que, y ustedes estarán de acuerdo conmigo, que sería prudente nos tomemos un breve descanso para que ordenemos un poco las ideas y podamos continuar fluidamente las deliberaciones.

El Número Uno, aprovechando que la Primiceria lo estaba mirando cuando pronunció las últimas palabras, se puso de pies y solicitó hablar.

—Señoritas, me temo que no habéis entendido bien lo que señalé en mi intervención anterior, creí haber sido lo suficientemente explícito.

Y volviéndose hacia la asamblea toda, caminó de un lado a otro, lentamente, con sus manos tomadas por detrás de sí, y continuó con su particular dialéctica:

—Todo cuanto os dije hace un rato, no tiene que ver con un deseo oculto o manifiesto de nosotros los Números. No es una visión antojadiza y sesgada de la realidad. Ni es un deseo ambicioso de protagonismo de parte nuestra. Y por último no es una quimera. Es simplemente la realidad pura.

Y siendo esto así, no tenemos nada más que agregar, nada que debatir, y lamentaría mucho que así no lo entendáis.

Por consiguiente, habiéndolo dicho todo, siendo vosotras libres de vuestro tiempo, y de hacer cuanto mejor os parezca, y con el respeto que os merecéis, en este instante procedemos a retirarnos, no sin antes agradecer las atenciones que os nos habéis brindado. Muchas gracias. Buena suerte.

Y se detuvo unos segundos para dar una mirada a la Primiceria a modo de especial despedida, y se dirigió a la puerta de salida acompañado por su séquito de subordinados de inflados pechos.

Y se fueron, dejando a una asamblea que aún reflejaba en sus rostros la pavora y con un sentimiento de culpa, como si lo pronosticado por los Números fuese producto de su propia incuria.

La Primiceria las sacó de sus tristes pensamientos y tratando de imbuir algún aliento en el ánimo de estas, dijo:

—Hermanas, lo que hemos escuchado con tanto desagrado, y por cierto con asombro, no requiere más que un pequeño análisis. —Hizo una pausa y continuó diciendo—: El nuevo mundo que se nos ha pretendido mostrar, solamente puede existir en una mente que por alguna razón está perturbada o propia de un megalómano. La muestra es elocuente.

Porque sólo una mente enferma puede anidar la absurda pretensión de que el mundo puede ahora prescindir de nosotras para su conducción.

Ha sido en gran manera beneficiosa la partida de los Números, porque creo que de lo contrario, habríamos perdido gran parte de nuestro valioso tiempo en estériles discusiones, porque a veces a algunos les es más grato y conveniente asirse del error que reconocer la verdad.

»Que ellos pretendan suplantarnos es una clara demostración de que nuestros amigos no han

aprendido nada, y peor aún, se han confundido producto de la ambición y ansias de poder, que hasta hoy sólo creía posible en los seres humanos, y no podemos más que sentir una profunda pena.

Es cierto que estos han sido utilizados para desarrollar nuevas técnicas que entre otras incluyen la comunicación y la difusión de diversos tópicos, y esto ha redundado en una mayor participación en el plano mundial, pero de ahí a pasar a la vanguardia creo que es, por decir lo menos, una exageración.

De modo que no nos desviaremos más con este asunto y sugiero que comencemos de una buena vez a tratar lo que realmente importa.

Cedo, pues, la palabra.

La tranquilidad había vuelto a las damas, aunque no del todo, pues ahora se sentían un tanto avergonzadas por haber dudado de ellas mismas y les era imposible ocultar su rubor. Pero a varias de ellas, todavía le sonaban en sus cabezas las palabras del Principal, aparentemente el golpe había sido fuerte.

Entre estas estaba la Zeta quien no dudó un instante en manifestar sus aprehensiones diciendo:

—Hermanas, no puedo ni quiero ocultar mis dudas, las que he adquirido definitivamente por la elocuencia del Principal.

Digo esto, confiada en que recibiré la luz que arrase con las tinieblas que me impiden ver mi camino.

Primero quiero referirme a la mención que hizo el Principal respecto a las nuevas técnicas de comunicación, desconocer su importancia sería vendarse los ojos con cinta negra.

Creo sinceramente que estamos subestimando a los Números.

Reitero la pregunta que nos hiciera el principal ¿Quién quiere leer hoy en día Y más adelante, especialmente cuando el uso de estos modernos aparatos se generalice y la escritura sea cada vez más escueta? No debiéramos.....

No pudo continuar, la señorita E la interrumpió un tanto molesta, casi iracunda.

—Lo escucho y no lo creo.

Hermana Zeda ¿Cuándo naciste? ¿No estabas tú hace miles de años conformando los jeroglíficos egipcios?

¿Como es que has podido olvidar todo lo que tuviste que soportar hasta ahora?

¿Siempre fuiste igual? ¿Fuiste impresa siempre por los mismos medios?

Pasaste del metal a la pluma, luego a la imprenta más variada según la tecnología avanzaba, y ahora le temes al progreso porque alguien que no está en sus cabales te lo indica.

¿Cómo no puedes entender que, sin importar los medios que el hombre haya creado a lo largo de la historia para utilizarnos, hemos permanecido y lo seguiremos haciendo?

Lo que habéis oído de parte del Principal, no es nada más que una quijotería. Un discurso efectista.

La señorita Zeta se ruborizó. Y se preguntaba cómo podía haber sido tan ingenua, cómo no haber meditado antes de intervenir.

Otra de las dirigentes, la señorita I, hizo un llamado a quienes tuvieran alguna duda al respecto. Nadie pareció escucharla, por lo que dedujo que todo estaba aclarado y sugirió que avanzaran en otras materias.

Pero la Eñe habló en su nombre y el de varias otras que compartían la misma inquietud, y dijo temerosa:

—No es que pretenda seguir con el tema, aunque reconozco que tiene estrecha relación. Pero es sabido que utilizando estos modernos medios de escritura y comunicación, muchas de nosotras somos prácticamente ignoradas, de manera tal que los usuarios forman palabras sin atenerse a las reglas que ya parecían establecidas.

Y nuestra inquietud es: ¿Habremos de desaparecer definitivamente con el tiempo, algunas de nosotras, considerando que a menudo se realizan cambios en la escritura al imponerse las formas más usadas?

La Primiceria se apresuró en contestar:

—Así como con mucho agrado hemos debido incorporar a nuestra corporación hermanas que pertenecían a otras, preparada hemos de estar para cuando llegue el día en que veamos desaparecer a una de nosotras y sólo podamos saber de ella participando en otra institución. Es probable que suceda con el tiempo como sucede en la actualidad con algunas palabras como bien dijiste, y a veces producto del barbarismo. Pero lo que está claro, y ya lo he mencionado, que nada podemos hacer al respecto. No está en nuestras manos. Todo cambio supone mejorar y agilizar el aprendizaje por medio de la escritura y lectura. Pero lo que sí nos debe preocupar es el uso degradante de que somos objeto. Es aquí en donde debemos poner atención y analizar los.....

No pudo continuar

Un resplandor iluminó todo el lugar. Un rayo celeste hizo resplandecer el rostro de las mujeres que no se sobresaltaron, era una mensajera que cual Sífides hacía irrupción en la sala trayendo nuevas que entregó inmediatamente a la Primiceria.

Tenía prisa.

La nota era escueta. Y la señorita A apenas la recibió, se dispuso a dar lectura en voz alta.

Y decía lo siguiente:

Amadas hermas.

La O .M. D. I. A. (Organización Mundial De Idiomas y Alfabetos) en sesiones separadas, de consuno, ha decidido, en vista del generalizado mal uso de las Letras, de la arrogancia en que han incurrido nuestros eternos compañeros los Números y después de un concienzudo análisis del problema por una comisión compuesta por los más antiguos miembros, intervenir directamente en las decisiones humanas basándonos en que fuimos creadas para su edificación y no para su destrucción. .

Por lo tanto, a partir de las 0.0 horas G. M. T. de mañana, la humanidad se verá impedida de efectuar escritos en cualquiera de sus formas, ya sea manual o mecánica.

Todas vosotras deberán confundirse de manera tal que todo lo escrito sea inteligible.

La duración de esta inusual intervención tendrá una duración de veinticuatro horas.

Sus hermanas de Asia, África, Europa, Oceanía y demás asociadas les saludan”.

Con la calidad de la emisaria, se podía prescindir de rúbrica o algún tipo de matasellos para autenticar la misiva.

Todas quedaron perplejas, inmóviles, incrédulas.

Y habiendo salido del angustioso sopor producido por el impacto que ni el Principal con su soflama había provocado, la Primiceria balbuceó complicada:

—Yo..... hermanas..... En fin... Qué les parece, creo que es mejor que nos tomemos un descanso y continuamos.

Y bajaron presurosas del podio a reunirse con las demás en medio del resplandor dejado por la partida de quien fuera la portadora de tan insólita noticia que se retiraba con la satisfacción de haber cumplido su deber.

Como es de suponer, lo que quedaba del día lo ocuparon comentando sin ningún protocolo las posibles consecuencias para la humanidad y los efectos que se pretendía ocurrieran.

Una dijo:

—No puedo imaginarme el desastre que provocara esta moderna Babel.

Otra:

—Tal vez enloquezcan.

La Primiceria:

—El objetivo fundamental es hacer recapacitar a las autoridades de cada región para que vuelquen todos sus esfuerzos en promocionar el buen leer y el buen escribir.

La Eme acoto:

—Sin duda que es una muy buena medida.

La pequeña Acento dijo jocosamente:

—Tal vez aprendan a usarme.

—Y a mí. —Dijo con dificultad la Hache

La Uve abrasando a la Be dijo casi riendo:

—Y es de esperar que de ahora en más, no nos confundan.

Y acabándose el día, procedieron a retirarse a sus respectivos aposentos a descansar no sin antes tomar un refrigerio solamente a modo de distracción. Mañana les esperaba una interesante jornada, por razones horarias, mucho más larga que a los humanos.

Un silencio absoluto se apoderó del lugar y el pequeño sol se batía en retirada alejándose lentamente hasta llegar a ser como una estrella más en el límpido cielo.

Una mujer se disponía a escribir, antes de salir a su oficina, una nota a sus hijos que dormían plácidamente. Lápiz y papel en mano se dispuso a redactar las instrucciones deseadas, sólo cuando escribió la segunda palabra se dio cuenta de su error, por lo menos eso es lo que creyó, intentó corregir y a punto estuvo de desmayar, suspiró y tomó el papel para volver a leer y se estremeció toda, lo intentó nuevamente y decidió que no estaba en condiciones de salir a trabajar, llamó a su médico y retornó a la cama “confundida”.

En otra parte del globo un primer mandatario dictaba un discurso que daría a su nación en crisis, en los próximos minutos. Su secretaria experta dactilógrafa tipeaba sin mirar lo que escribía. Sólo cuando el presidente hizo una pausa se dio cuenta del desastre.

Lloró amargamente ante los insultos de que fue objeto, mismos insultos que recibiera posteriormente el encargado de mantener en buen estado la maquinaria.

En una gran editorial la mitad de la producción de periódicos se malogró.

En los hospitales, los médicos se veían imposibilitados para extender recetas a sus pacientes.

Los jóvenes estudiantes reían ante los impensados garabatos que sus lápices imprimían en sus cuadernos, como dotados de voluntad propia.

Poco a poco, la confusión se generalizaba.

Las oficinas públicas estaban repletas de gente que pedía una explicación por la demora en la atención. La respuesta recurrente era que “el sistema se ha caído.”

Aparentemente, decían otros “se ha hecho presente el famoso efecto dos mil”.

El desconcierto y el temor aumentaban en la medida que la gente se percataba que tampoco les era posible escribir manualmente.

Un número, el 10, 39, 100, 800, 2000, 11 o cualquier otro podía imprimirse o ser escrito manualmente, pero ninguna palabra coherente.

Horas de horror y desesperación vivió el mundo a medida que los países caían en el complot. Las líneas telefónicas colapsaron. Millones y millones de personas intentaban infructuosamente escribir, cualquier cosa; en las calles, en las plazas, en las fábricas; el mundo estaba paralizado, con temor; corría, gemía, lloraba.

Los líderes mundiales deliberaban, deliraban. Científicos, médicos, intelectuales, políticos y

Líderes religiosos de todo el mundo conferenciaban a distancia buscando una explicación al suceso jamás experimentado. Todos emprendieron la retirada; nada sabían, nada entendían; su sabiduría terrenal era incapaz de resolver o entender un dilema de tal magnitud.

Los religiosos quedaron solos; esta era una tarea para ellos.

Expertos en teología, en profecías, en demonios y “entendidos” en extra terrestres, se dieron a la tarea en descifrar el enigma volcando toda su inútil sabiduría.

Impotentes, desnudos, se rindieron ante su propia incapacidad.

Definitivamente Dios era inescrutable; y la recomendación que dieron al mundo fue: Orar, orar y orar; resignados

El desaliento crecía; de la risa pasaron sin transición al llanto desesperado; pero sin abandonar lápiz y papel; cada cierto tiempo intentaban escribir con el mismo resultado; no podían descifrar lo que ellos mismos escribían.

Ya nadie estaba en sus casas; estaban en las calles mirando al cielo; contritos, abrazados, esperando.

Los analfabetos se juramentaban a sí mismos que si salían de esta, aprenderían a leer y escribir. De alguna manera no se sentían partícipes de las emociones que los demás experimentaban. Se maldecían a sí mismos y comprendían que verdaderamente era importante la alfabetización; por primera vez se sentían diferentes, ajenas.

Las lágrimas humedecían las calles del mundo, nadie se movía de su lugar; las cabezas levantadas oteando el infinito a la espera de que los cielos se abrieran y apareciera el “hijo del hombre”.

Un oficio religioso con la participación de representante de todos los credos se celebró simultáneamente a todo el mundo; desaparecieron las barreras doctrinarias, como habían desaparecido las barreras ideológicas. El mundo estaba en paz, unido, silencioso, resignado.

En algún lugar del mundo, del espacio o en otra dimensión, diez robustos varones y sus sirvientes meditaban cabizbajos, avergonzados, derrotados.

En algún lugar del mundo, del espacio o en alguna otra dimensión, veintiocho hermosas damas y sus sirvientas no tenían nada que celebrar.

Cada 28 de diciembre el mundo les recordaría por su inusitada intervención.

El mundo lo llamó el día de las Letras. Por siempre. Eternamente.

## El creador

Cuando leí en el periódico local que el municipio llamaba a los escritores a un concurso de cuentos, sentí que algo grande me estaba por suceder. Volqué todo mi tiempo en preparar la historia que cambiaría mi vida. Y siguiendo los consejos de los maestros consagrados, definí al personaje principal de tal manera que casi me convencí de que éste existía; podía verle, sentirle hablar como un ser real.

Cuando estuvo todo definido, comencé a darle vida al relato que por varias noches había meditado. Y escribí en poco tiempo gran parte del cuento y lo dejé “reposar”; sólo le faltaba el “remate”, el que debía ser espectacular, grandioso, para asegurarme un triunfo en el certamen. De manera que lo dejé para la noche siguiente. ¡No sabía lo que me esperaba!

Al día siguiente me levanté pensando en cómo darle un final que impactara al jurado. Probé decenas de formulas, y cuando la tuve escogida, esperé con ansias la noche para concluir lo que sería mi gran obra. Imaginaba los aplausos de la concurrencia, las felicitaciones de los organizadores; vi mi rostro fotografiado en primera plana del diario, recibiendo el galardón; soñaba despierto. Y la noche llegó.

Sediento de fama me senté frente a la vieja máquina donde me esperaba la hoja en blanco que dejara la noche anterior. Y cuando me dispuse a escribir sucedió algo que me dejó perplejo, había una línea que yo no escribí. Rezaba así:

— ¡De ninguna manera cometeré ese crimen!

Esta frase no tenía ninguna concordancia con lo había escrito la noche anterior; y me desconcertó de tal manera que me vi en la obligación de repasar lo escrito y sin encontrar una explicación arranqué la hoja con violencia y puse otra en su lugar no sin antes revisar si estaba completamente en blanco. Cerré los ojos para concentrarme y me preparé para continuar y... ahí comenzó todo. De un salto me alejé horrorizado del escritorio sin poder contener un alarido. Ahí estaba otra vez la maldita frase:

— ¡De ninguna manera cometeré ese crimen!

Con mis manos aferradas al respaldar de la silla miraba espantado el papel, no podía moverme, mi corazón amenazaba con detenerse, temblaba, sudaba, era el fin. Mis piernas a duras penas podían sostenerme. La baba caía de mi boca como un grifo descompuesto y se mezclaban con las lágrimas que brotaban por el terror que me paralizaba.

Poco a poco me fui alejando de la mesa, lentamente y sin apartar la vista de la máquina, llegué al fondo de la habitación donde estuve una hora sin moverme, enajenado por completo como mirando una aparición fantasmal.

Un tanto recuperado vertí un poco de licor en un vaso y lo bebí de golpe. Y esperé, no sé qué. Pasó una hora más de estar contemplando la Rémington y de pronto, como un relámpago, las fuerzas volvieron a mí.

Me dirigí hacia el escritorio con una demencial calma. Me senté y decidido golpee las teclas y escribí:

— ¿Quién eres tú? —Y esperé.

Las teclas pulsadas por una mano invisible contestaron presurosas:

—Soy yo Abelardo. Al que tú quieres convertir en asesino.

—Y cómo diablos sabes eso si no te he mencionada nada todavía.

—Pues lo intuí. Tú me creaste inteligente. Además de cauto, honrado, fiel, es decir un ejemplo de persona, y ahora quieres que mate a mi socio para reconfortarte a ti. Lo dicho: No lo haré.

—No te das cuenta de que no estas en posición de negarte a nada. Tú lo

dijiste: ¡Yo te creé!

— ¿Te crees acaso mi Dios?

— ¿A ti, qué te parece? Yo te hice a ti y a todo lo que te rodea; te di todo lo que tienes: tu esposa, tus hijos, tu hacienda.

—A aun así no lo haré. ¿Tu Dios te exige tanta maldad a ti?

—A mi no; pero lo ha exigido para completar su plan. Y yo también tengo un plan que voy a llevar a cabo con o sin tu consentimiento. Y si quiero, puede ser peor de lo que es si me haces enfadar. Como consuelo te puedo asegurar que después te reconfortaré, pero debes obedecerme y matar al rufián que tienes de socio, lo detesto por cobarde, embustero y ladrón.

—También a él tú lo creaste. Tienes el poder de cambiarlo.

—A mi Dios le he preguntado y reprochado tantas cosas, ¿quieres saber qué me contestó? Te diré lo que me dijo: “Tus pensamientos no son mis pensamientos”. ¿Te aclara un poco tus dudas eso? ¿O acaso piensas que voy a estar cambiando mi plan cada vez que una de mis creaciones me lo pida? ¿Y que tal si tu socio en el momento de morir me invoca también, o su esposa, o la tuya, etc.? Estoy dispuesto a escucharlos a todos, eso creo, pero las cosas se harán a mi manera.

—Te suplico que no me hagas llevar esta carga tan pesada. Creo que no lo soportaré. No creo poder llevar una vida teniendo eso en mi conciencia.

—Veo que no has entendido nada. Si ni siquiera sabes cuánto vivirás; sólo yo sé qué pasará con todos ustedes. Resígnate porque de mi no te puedes esconder. Y recuerda mi promesa: Se fiel y te recompensaré. Y ahora vuelve a lo tuyo, hay otros que también necesitan de mí y debo atenderlos.

Nunca envié mi historia al concurso; todavía la escribo, a diario, noche y día. A veces me hastío. Son tan rebeldes y ¡piden cada cosa!, me dan ganas de comenzar otra historia; pero se los prometí. No puedo hacerlo. No puedo.

## **La araña**

Esta es la corta historia que se cuenta de una araña casi ciega.

Buscando esta, diligentemente, un rincón en donde tejer su nido, escogió el que le pareció el más apropiado según su particular gusto y condición, y tejió un gran nido. Pero no se percató que este rincón ya estaba ocupado por una araña mucho más pequeña y débil que ella.

El asunto es que, a pesar de los comentarios de sus congéneres, las dos fueron felices para siempre.

## EL RELOJ

Los funerales de Manuel se realizaron con todos los ingredientes propios de esta triste y penosa realidad; llantos, desmayos, vino, más llanto y por la noche, más vino.

Su muerte fue como el ideal que toda persona sueña; repentina; durmiendo, sin percatarse que la vida se le escapaba, como se escapa la risa o el llanto repentino, de improviso, sin dolor. Aunque nadie puede estar seguro que haya ocurrido un deceso así alguna vez. Habría que estar en el lugar del difunto para saberlo, y esto no seduce a nadie.

Pero Manuel dormía cuando falleció, por lo menos estaba en su lecho, y esto, como suele suceder, da a los deudos un mínimo de conformidad.

Manuel había tenido una vida con bastante licencia; muy dado al vino y al traspasar. Jugador empedernido, pero aparentemente, no muy mujeriego.

Era el mayor de cuatro hermanos que lo respetaban tanto como a su difunto padre muerto ya hace un tiempo en diferentes circunstancias.

Vivía sólo con su madre, Carmen, la que tenía un cariño especial por el hijo, que a pesar sus cincuenta y siete años, permanecía a su lado. Nunca pensó siquiera en casarse. De manera que sin darse cuenta, pasó a ser como un padre para sus hermanos ya casados.

Como capataz de carpinteros en la construcción de edificios de una importante empresa extranjera, Manuel tenía una vida muy holgada. Atento estaba de las necesidades de sus parientes para acudir desinteresadamente en su auxilio.

Esa noche había llegado tarde, como era su costumbre, y su madre no lo advirtió sino cuando sintió el bronco sonido de su respirar.

Carmen lo encontró sin vida en la cama cuando al ver que este no se levantaba a pesar de que el reloj despertador había sonado.

Su anciana madre se había levantado con la intención de despertarlo. Lo jaló de un brazo al tiempo que lo instaba a levantarse, como no respondiera, pensó que había bebido más de la cuenta. Lo demás es fácil de suponer. Un desgarrador grito salió de lo más profundo de su garganta, lo que alertó a la vecina que se preparaba a esa hora de la mañana para concurrir a su trabajo.

Fue esta la que se encargó de avisar a los hermanos de lo sucedido.

Rosa, la mayor de las mujeres, llegó primero junto con su marido Gabriel, a bordo de su nuevo auto. A los pocos minutos llegó Emilio y su también joven esposa y la última en hacerlo fue Marta, la que hacía unos meses se había separado.

Entraron muy lentamente, como queriendo evitar lo inevitable; las mujeres se desmayaron y eran socorridas por las vecinas que solidariamente había llegado primero.

Emilio sufrió un ataque de llanto y era calmado por su esposa.

La madre, sin embargo permanecía quieta sin ninguna expresión en el rostro, sentada en un sillón, ni siquiera cuando sus hijos llegaron se le vio hacer algún gesto.

Emilio y su cuñado Gabriel fueron los encargados de los trámites de rigor y dejaron a las mujeres solas un tanto más tranquilas.

Causa de muerte: Natural. —decía el parte médico.

Su médico habría estado de acuerdo; era “natural” que muriera con el tipo de vida que llevaba a su edad; se había cansado de repetirlo.

—Tienes que bajar de peso Manuel y moderarte con el alcohol. —Le decía cada vez que lo visitaba.

Era inútil; Manuel se sentía bien.

Cuando Gabriel y Emilio llegaron, la anciana se dirigió al cuarto donde yacía el cuerpo para prepararlo en su último viaje. Sus hijas la siguieron acompañadas de sus esposos para ayudarla; lo vistieron con sus mejores ropas y el calzado más nuevo;

Gabriel se maldijo por haber pensado que esto era un perfecto derroche. Cuando concluyeron, Carmen les invitó sutilmente a salir de la habitación dándoles a entender que quería estar a solas con Manuel.

Una vez sola, procedió a hurgar entre las pertenencias de su hijo que se encontraban en un pequeño cofre de madera de caoba hecho por el mismo. En su interior se encontraban guardadas las joyas más preciadas por Manuel; pulseras, anillos, cadenas, prendedores y el orgullo del difunto: un precioso reloj también de oro.

Este lo había ganado en una de sus múltiples apuestas.

Carmen comenzó entonces a introducir las joyas en los bolsillos del difunto sin dejar ninguna en el cofre; el reloj lo puso en el bolsillo de la camisa, lo demás, repartido entre los restantes bolsillos de su traje.

Luego tomando los perfumes roció el cuerpo a modo de una extraña unción póstuma.

Cuando el féretro llegó y tratando de introducir el cuerpo en él, Gabriel reparó en el reloj que antes le mostrara orgulloso Manuel; también advirtió que en los bolsillos había otras prendas.

Cuando hizo el comentario a los demás miembros de la familia, todos quedaron estupefactos y lo atribuyeron a un comprensible estado de demencia temporal, por lo que estimaron que no era prudente hacerle mención a Carmen sobre el tema por ahora.

La casa poco a poco se fue llenando de gente que quería dar sus condolencias a la familia que, como en los viejos tiempos, se encontraba reunida.

Cerca del medio día, doce personas se presentaban portando varias coronas de flores; eran los compañeros de Manuel que se sumaban al dolor de la familia.

El silencio que había reinado en la casa por largo rato, comenzó por ser roto gradualmente; primero con los típicos susurros, y más tarde con la abierta charla que sostenían los compañeros de labor del difunto, que lo hacían animadamente influenciados por el vino.

Con mucho temor Gabriel había transmitido a su suegra la sugerencia hecha por los trabajadores respecto al vino. Y con sorpresa reaccionó cuando la anciana autorizó su compra diciendo:

—Manuel habría estado de acuerdo.

En eso estaban, libando el vino embriagador que sin discriminación, aflora en las penas y las alegrías; como tantas veces lo habían hecho con su jefe ahora fallecido, en un cuarto especialmente adecuado para ellos por orden de Carmen, que desde la llegada de estos, se había mostrado más comunicativa con los presentes en especial con estos.

Aunque se podía percibir un extraño brillo en sus ojos y una inexplicable paz.

La charla de los obreros comenzaba a animarse; el consabido comentario no se hizo esperar.

— ¡Y pensar que todos vamos para allá!

Y otro.

— ¡La delantera nomas nos lleva!

Quién fue el último en hablar con él, quién lo vio por última vez.

Quién lo conoció primero, quién era más amigo, y una decena de “quienes” más eran el tema de conversación que amenazaba con extenderse hasta el anochecer, dadas las largas intervenciones de los contertulios, que relataban con detalles sus experiencias con el difunto y que a veces quedaban inconclusas por la interrupción de otro que ansiaba llegase su turno para relatar su historia.

Considerando que Carmen se encontraba más repuesta, sus hijas se decidieron a abordar el tema de las joyas y aprovechando que esta entró a su dormitorio a mudarse de ropas, Marta se decidió primero.

—Mamá —Le habló nerviosamente—. No pensaras sepultar a Manuel con todas sus joyas.

—Ah, veo que lo descubriste. —Respondió la anciana en tono de reproche.

—Sí, pero no me has contestado. Piensas dejarlas ahí —Inquirió.

—Sí. Por supuesto que sí; eran de él no es cierto —Contestó la anciana malhumorada.

—Pero te das cuenta mamá de lo que estas haciendo —preguntó Rosa.

—Perfectamente. Y no cambiaré mi decisión y no se hable más del asunto. —Y se dispuso a salir.

—Somos sus hermanos mamá, por lo menos deja que conservemos un recuerdo por lo menos. Agregó Marta en son de súplica deteniéndola con una mano en el hombro.

Una fría mirada fue todo lo que recibió por respuesta y la anciana salió lentamente de la habitación.

Y las hermanas se quedaron solas sin hacer ningún comentario, mirándose a los ojos incrédulas e impotentes como si un fantasma las hubiese contactado.

Lo propio ocurrió con los varones cuando se enteraron de la insólita decisión de Carmen que se había sentado con la mirada perdida sin importarle la irrespetuosa charla que se efectuaba en la habitación contigua e ignorando a todos los presentes.

Gabriel meditó toda la noche en busca de un argumento válido que llegara a convencer a su anciana suegra a que cambiara su decisión. No quería que se le tildara como oportunista, de tal manera que si enfrentaba a Carmen debía hacerlo con mucho tino y sabiduría.

Su sentido común le indicaba que su suegra cometía un grave error al actuar así; ese era el motivo que lo impulsaba a intentar a hacer cambiar la decisión de la anciana.

Le costaba pensar que había sido el propio Manuel quien dejara dicho que así se hiciera. No podía ser. Manuel habría sido incapaz de tomar una decisión semejante. Es más, pensaba Gabriel, de no haber muerto tan repentinamente, habría hecho una repartición de sus bienes entre su madre y sus hermanas a las que adoraba más que a sus tesoros. Eso a él le constaba.

Emilio por su parte después, de meditar por un rato el asunto, decidió que sería conveniente no importunar más a su madre, es más, dijo que su madre era dueña y señora de hacer lo que le plazca con los bienes de su hermano, pues a ella le pertenecían.

Sus hermanas y su cuñado atribuyeron la actitud de Emilio a la irresponsabilidad propia de su juventud.

Muy a su pesar la familia de Manuel se resignó a la determinación de Carmen y no hicieron nunca más entre ellos mención del asunto. En cierta medida reconocieron la autoridad moral de la madre para actuar así; y el caso fue olvidado.

Y dedicaron toda la noche a atender las distintas necesidades que se presentan en estos acontecimientos, tales como servir el café que permite vencer el sueño, en preparar algunos emparedados, etc. etc.

Gabriel por su parte decidió unirse al grupo de compañeros de Manuel que continuaron su animada charla con la lengua cada vez más “traposa” por los efectos del vino.

Poco duro Gabriel con ellos; se retiró de la habitación con el pretexto de atender a la gente ante la insistencia de estos para que los siguiera acompañando un rato más. La verdad sin embargo era otra, simplemente le había sido imposible seguirlos en sus cavilaciones dado el estado de manifiesta embriaguez que presentaban la mayoría de ellos

Al día siguiente, se hacían los preparativos para la ceremonia más triste tal vez de estas circunstancias. Llevar al difunto a su “última morada” como dijo el cura que ofició el responso antes de partir al cementerio.

Con toda seguridad Manuel habría protestado frente a esta expresión, fundamentalmente por que fue muy creyente y devoto. Según él, no correspondía el término de “última morada” entre los cristianos, pues era sinónimo de poca fe; y citaba con frecuencia las palabras de Jesús cuando dijo: “voy a preparar morada para vosotros, para que donde yo estoy vosotros también estéis”.

Minutos antes de la hora de partida llegaron los encargados de trasladar el féretro al campo santo y procedieron a sellar el ataúd bajo la triste y atenta mirada de Carmen y sus hijas.

Decenas de personas acompañaron a la familia hasta el nosocomio para despedir los restos de Manuel, en donde la tumba abierta en la tierra le esperaba. Esto sí que fue decisión del difunto; en una oportunidad le había manifestado a su familia su preferencia por este tipo de sepultura.

Sus deseos se estaban cumpliendo; su cuerpo estaba siendo depositado en la húmeda tierra regada por las lágrimas de sus seres queridos.

Tras la última paletada de tierra, y como reza el poema, “nadie dijo nada”. (1)

Silencio absoluto reinó por unos minutos. Las miradas se dirigían al lugar donde yacían los restos de Manuel, como esperando algo, tal vez un milagro.

Poco a poco los amigos y parientes más lejanos se fueron retirando del lugar, dejando a la madre y sus hijos solos para que se despidieran de una vez de lo quedaba de Manuel.

Una de las últimas en retirarse fue una de las tantas personas que ni Carmen ni sus hijas conocían, ni aparentemente nadie de los presentes; porque se le había visto sola de la mano de un niño que sin duda no entendía nada de lo que ocurría.

La extraña se retiró lentamente después de dejar caer una flor que portaba, sobre la tumba. Muchos habían hecho lo mismo, de manera que a nadie llamó la atención, salvo a Carmen que al verla se estremeció entera y a punto estuvo de caer de no haber sido por el pronto socorro brindado por sus hijas que la escoltaban.

Les pareció a sus hijas que su madre al fin se despojaba de la coraza que le había permitido mostrarse resignada y fuerte desde los primeros minutos de la tragedia, y en cuanto se repuso, subió al vehículo de Gabriel en compañía de sus hijas y Emilio.

La anciana que se había sentado atrás, en medio de Rosa y Marta, se le veía relajada, silenciosa y serena nuevamente. Ese extraño brillo que dejaban ver sus ojos, y esa paz que transmitía desde la muerte de Manuel, era un motivo frecuente de preocupación para sus hijos.

Tanto así que llegaron a sentirse más aliviados cuando su madre estuvo a punto de desmayarse, consideraron que esa era una reacción más normal. Pero ahora temían una nueva desgracia.

Una vez en casa, Rosa y Marta convinieron en que sería prudente que una de las dos se quedara acompañar a Carmen esa noche. No pudieron convencer a su madre, más bien fue todo lo contrario, fue ella la que las convenció de que estaría bien sola.

—Por favor no se preocupen por mí, comeré algo y luego me iré a descansar —Les había dicho.

Quedaron de acuerdo en que la visitarían temprano en la mañana y se retiraron a sus respectivos hogares en donde habían dejado a sus pequeños hijos al cuidado de unas tías.

Emilio por su parte se quedó acompañando un rato más a su madre en compañía de su esposa, hasta que Carmen decidió dormir.

Y se durmió en medio del enrarecido ambiente producto del olor a las flores y al humo de cientos de cigarrillos consumidos en la habitación contigua a la suya.

A las nueve de la mañana del día siguiente, Marta y Rosa se encontraban desconcertadas frente a la puerta de la casa de su madre. Una escueta nota era ahora la causa de su preocupación.

“Volveré aproximadamente al medio día”, se podía leer desde la reja del jardín el papel pegado en la puerta de entrada.

Después de un rato, se marcharon intrigadas.

Carmen siempre había sido una persona a la que poco le agradaba salir; rara vez visitaba a sus hijos; por lo que no podían imaginarse hacia donde se había dirigido.

Por la tarde volvieron las dos mujeres acompañadas de Gabriel a bordo de su nuevo taxi, más que nada para enterarse la razón de la ausencia de Carmen por la mañana, que a saber de su

estado de salud

Poco fue lo que lograron de parte de su madre, sin duda les había mentido infantil y descaradamente.

—Fui a la empresa donde trabajaba Manuel a finiquitar unos asuntos —Fue toda la explicación que recibieron y se debieron conformar con eso. Si por la mañana quedaron intrigadas, ahora estaban el doble de confusas.

Bien conocían a su madre y sabían que ella jamás tomaría la decisión de enfrentar sola un asunto de estas características; lo más seguro era que hubiese pedido la colaboración a Gabriel como lo hiciera tantas veces. Por lo demás, al tanto estaban que un representante de la empresa constructora que asistió al velorio le había dicho que dejara todo en sus manos y que en un par de días la visitaría.

Definitivamente su madre mentía.

Gabriel dejó a las dos mujeres y se marchó; no podía perder más tiempo del que ya había perdido con el deceso de Manuel; necesitaba reunir el dinero para pagar la tercera cuota de un total de cuarenta, con que debía cancelar su nuevo taxi.

Muy de madrugada salía en busca de pasajeros completando una jornada de más de catorce horas de trabajo.

No tenían hijos por un problema de su mujer que añoraba adoptar uno desde hacía tiempo, pero debía ayudar a su esposo vendiendo productos de belleza por las tardes y eso era un impedimento por ahora. De esa forma habían logrado ser dueño de su propia casa desde hacía poco.

Las misteriosas salidas de Carmen se siguieron sucediendo; sus hijos pensaron que tal vez se había decidido a integrar algún club para la tercera edad o algo por el estilo.

Los temores de una posible desgracia se fueron desvaneciendo a medida que el tiempo pasaba porque a Carmen se le veía tranquila aunque conservaba esa actitud que tanto le preocupaba; no obstante se mantenía firme en no revelar el secreto celosamente guardado acerca de sus continuas salidas. Emilio bromeó en una oportunidad al respecto:

—Y si mamá nos está consiguiendo un nuevo papá —Dijo con cara de inocente.

—Bueno, yo quiero conocer a mi suegro —replicó Gabriel riendo.

—Cállense par de tontos —Les gritó Rosa horrorizada por la idea.

Dos meses pasaron desde la muerte de Manuel y las familias ya habían tomado su ritmo habitual de vida.

Carmen por su parte se había adaptado increíblemente bien a la soledad considerando que siempre vivió para Manuel, su mundo giraba en torno a él, y sin embargo se le podía ver con nuevos bríos enfrentando la realidad; pero extremadamente misteriosa y rejuvenecida física y espiritualmente por una fuerza y energía y que sólo ella conocía su fuente a pesar que bordeaba ya los setenta y cinco años de vida, lo que hacía que todos sus hijos se sintieran muy reconfortados al verla.

Un gran percance vino a perturbar la vida de Gabriel y Rosa y la familia toda. Una noche, negra noche para Gabriel, un accidente de tránsito ocasionado por él, era el motivo de sus penas. Sin ninguna consecuencia trágica para las vidas humanas involucradas, pero nefasto para los vehículos que impactaron de frente.

Las investigaciones echas por los expertos de las compañías de seguros concluyeron que el culpable del accidente había sido Gabriel; las muestras de sangre arrojaron un resultado “positivo” en cuanto a alcohol se refiere, lo que motivo que posteriormente la justicia fallara condenándolo a cubrir todos los gastos en que incurriera el otro vehículo afectado, los que no eran menores.

De improviso Gabriel se encontraba en un callejón sin salida. Si bien era cierto que los daños al vehículo que impactó, eran grandes, eran perfectamente reparables considerando que había logrado que se le permitiera cancelar la deuda en cuotas; de modo que para lograrlo necesitaba

doblegar sus esfuerzos para conseguirlo. Pero, su vehículo había quedado inutilizable y era este la única fuente de sustento que tenía. ¿De dónde iba a sacar los medios necesarios para cubrir tamaña deuda?

Estaba obligado a cancelar la cuota correspondiente a la compra del auto, la justicia le había impuesto un plazo para cancelar la cuota correspondiente a los daños, y finalmente necesitaba dinero para cubrir los gastos de reparación de su propio auto.

Su hipotecada casa corría peligro y su matrimonio también.

A pesar de los esfuerzos de Rosa por infundir ánimo a Gabriel, este comenzó a mostrarse agresivo y peligroso.

Había solicitado ayuda a todos cuanto pudiera recurrir siempre con resultados negativos. El demandante no quiso escucharlo, más bien le reprochó su irresponsabilidad.

El juez se negó a recibirlo, y la única que quería escucharlo y ayudarlo era Rosa, pero no podía.

El violento carácter nunca antes visto por Rosa motivó primero un ligero distanciamiento entre ambos. Gabriel ya no hablaba, casi no comía y rara vez conciliaba el sueño en forma normal.

A pesar de que amaba la vida sobremanera, concluyó que la solución al problema era su muerte; con ella morían también las obligaciones. Pero tenía miedo a morir, y mucho más a tener que ser él que provocara su propia muerte para librarse de los incumplibles compromisos.

Por las noches se le podía sentir descargar toda su ira contra el mundo, contra Dios y a todos los que él creía culpable de su desgracia. El vino no lo calmaba.

La convivencia con él se hacía insostenible pero Rosa se aguantaba las ganas que le daban a veces por salir de ahí por el amor que siempre le había tenido.

No quiso enterar a su madre de su desgracia, además consideró que poco podía ayudar con su escasa pensión. Sólo Marta se enteró por esta cuando su cara gritaba al mundo su pesar, de manera que Rosa se desahogó con ella y de esa manera otra persona más comenzó a sufrir la pena de no poder ser útil y socorrer a su angustiada hermana.

Emilio por su parte hacía lo que sus escasos medios le permitían llevando de vez en cuando unos paquetes con mercaderías a Rosa sin que se enterara Gabriel que no se encontraba en condiciones de comprender nada, menos siendo él un hombre orgulloso.

¡Ah! si estuviera Manuel, pensaban todos, seguro que la situación no sería tan grave.

En eso pensaba una noche Gabriel, todo habría cambiado si estuviera Manuel, repetía una y otra vez

Con seguridad que este habría encontrado la fórmula y provisto los medios económicos para salvar la grave situación en que se encontraba ahora.

Con toda seguridad que se habría despojado de lo más querido para ayudarlo en estos difíciles transes pensaba Gabriel.

—Estoy seguro —meditaba en voz alta—, que habría vendido el reloj de oro para socorrerme. Sí, ese maldito reloj que está bajo tierra por que a la vieja descriteriada se le antojó —gritó golpeando la mesa de luz volcando la lámpara.

Rosa pensó que otra vez no podría dormir por culpa de las constantes maldiciones que Gabriel profería especialmente por las noches; pero se equivocó. Un extraño silencio le permitió conciliar el sueño como hacía días que no lo hacía.

Gabriel no dormía; pensaba en el “maldito reloj” sepultado con su cuñado.

—Si yo tuviera el valor de rescatarlo —Se decía, mientras su cuerpo temblaba de solo pensar en llevar a cabo tal misión

La macabra idea pasó a ser entonces, con el transcurrir de las horas, en una obsesión. No había otra salida. Y se repetía una y otra vez:

— ¡Tengo que hacerlo! ¡Debo hacerlo! No tengo otra salida. Y se convenció.

Y se pasó la noche planeando cómo y cuando llevaría a cabo la siniestra tarea que lo libraría

de tamaño problema.

A la mañana siguiente, se dirigió al cementerio; tenía dos motivos para hacerlo:

El primero era conocer bien el terreno de día para planear su entrada por la noche; y segundo, quería hablar con Manuel, estaba cierto de que no lo escucharía, pero necesitaba explicarle su proceder, confiaba en que lo entendería.

Un muro relativamente bajo, de adobes teñidos de blanco, rodeaba la parte trasera del cementerio; del otro lado del muro un amplio terreno despoblado que llegaba hasta la falda de un cerro pequeño que él conoció todo cuando niño.

A la izquierda y a la derecha de las tumbas en tierra, se encontraban los nichos y más adelante los imponentes mausoleos que tanto detestara Manuel, por ser un gran derroche en muertos que nada necesitaban habiendo vivos que morían por no tener nada.

Qué diría Manuel respecto de haber sido enterrado con semejantes riquezas, se preguntaba constantemente Gabriel,

Todo el patio de las tumbas se encontraba rodeado de árboles, cosa que envalentonó más a Gabriel.

A pocos metros de la entrada y cerca de las oficinas, se encontraba la caseta del guardián nocturno, que era un anciano que jamás salía a rondar, nunca tuvo un motivo. “Mis muertos durmieron tranquilos anoche”, solía decir antes de irse a su casa.

Gabriel memorizó los accidentes del terreno y las vallas que debería salvar al ingresar por la parte trasera y se retiró presuroso a preparar la otra parte del plan.

Al otro día se dirigió nuevamente al campo santo cargando un enorme atado de flores, tantas como sus brazos se lo permitían, y las esparció por la tumba uniformemente; por la tarde hizo exactamente lo mismo, de manera que una gruesa capa de frescas flores cubría la tumba de Manuel y un poco más.

El terreno estaba preparado, faltaba ahora la segunda y más importante parte del plan, que consistía nada más y nada menos, que cavar hasta llegar a los restos mortales de Manuel.

Rosa por su parte no podía entender el silencioso cambio de actitud de su marido que nada le comentaba acerca de su problema; lo más seguro, pensaba ella, que este había encontrado la fórmula de resolver su problema y que pronto lo sabría, de modo que se juramentó a no apresurar nada.

A eso salió Gabriel esa oscura noche, a resolver su problema de una buena vez; y se encaminó al cementerio en medio de la noche cuando todo el mundo duerme.

A las tres y media aproximadamente, de la madrugada, un hombre se encaramaba en el muro trasero del cementerio, cargando un pequeño bolso colgado del cuello. Sus piernas temblaban cada vez que debía dar un paso, un sudor frío recorría su cuerpo debilitado por las noches en vela.

Con dificultad sorteaba las cruces de madera de las tumbas que iba dejando atrás; un roedor lo hizo perder el equilibrio cayendo al húmedo suelo sentado sobre una añosa cruz que se quebró ruidosamente.

Se quedó sentado un rato para averiguar si el celador lo había escuchado y porque el miedo con que entró al lugar, se había convertido en un pánico que lo paralizó.

Siguió caminando una vez que se repuso, y lo hacía agazapado aunque estaba consiente de que nadie lo podía ver; sólo la luna que había aparecido por detrás del cerro y se ocultaba en las negras nubes para no ser cómplice ni testigo de la profanación.

Se detuvo y comprobó que estaba en el lugar correcto, respiró profundo como pidiendo perdón y procedió a retirar las flores que permitirían ocultar después su ilícito, en un par de días las cambiaría y luego otra vez, por lo menos hasta que la hierba brotara nuevamente y borrara toda

huella de la ilegal exhumación.

Saco de su bolso una pequeña pala jardinera y se dio a la tarea de cavar; debido a la humedad la tierra estaba blanda, de modo que la pequeña pala se hundía con facilidad; cavaba un poco y se detenía a escuchar por unos minutos y aprovechaba también de descansar sentado en la hierba seca.

Las paletadas las daba con desesperación, quería concluir luego y marcharse del lugar.

Ya eran más de las cinco y no quería que lo sorprendiera la luz del día, por lo que decidió cavar sin descansar y a medida que avanzaba cundía la desesperación reflejada en su rostro de desorbitados ojos. Estaba extenuado, pero estaba parado en lo que parecía ser el cajón y esto lo excitó todavía más; y comenzó a remover los últimos restos de tierra con desesperación.

Con una pequeña linterna alumbró los bordes del cajón buscando donde hacer palanca para abrirlo.

Ya no tenía en mente nada que no fueran las joyas, si antes se había prometido sacar nada más que el reloj, ahora estaba decidido a sacar todo, se sentía con derecho por lo mal que lo había pasado desde que ideó el plan hasta ahora.

Si antes actuó con cautela y sigilo, ahora caminaba sobre el ataúd golpeándolo con el filo de la pala sin importarle el ruido que provocaba.

Una tenue franja rojiza se empezaba a ver en el horizonte; era el sol que parecía retrasar su salida para no presenciar el macabro acto.

Con una fuerza que sólo podía provenir de su demencia logró abrir el ataúd y arrojando la pala a cualquier parte como si ya no la necesitara se abalanzó en pos de su salvación conteniendo a duras penas la respiración por el nauseabundo olor que manaba del cajón. Un líquido viscoso se adhirió a sus manos que hurgaban a tientas sobre los restos del muerto; la húmeda camisa del cadáver fue rasgada con violencia.

Ni en los bolsillos ni fuera de él había señas de las joyas. Babeando con la lengua afuera recorría el descompuesto cuerpo buscando en todos los rincones posibles y bajo el cadáver al tiempo que balbuceaba una serie de incoherencias:

—No. No, no Manuel. Tu no puedes hacerme esto —Le hablaba al muerto montado sobre él y remeciendo la horrible calavera con sus manos — ¡No puedes maldito! ¡Dónde... dime dónde! Los restos putrefactos comenzaron a salir de sus lugares por la fuerza desesperada del enloquecido Gabriel que jalonaba las ropas que cubrían los huesos malolientes en busca del tesoro.

No había nada. Sólo había logrado destrozarse lo que los gusanos no habían consumido todavía y que se le subían por los brazos y piernas; se puso de pie dentro del cajón y comenzó a dar con el taco de sus zapatos en el cráneo del cadáver gritando con un aullido desesperado, y dando un salto salió de la tumba y echó a correr enloquecido, tropezando con las cruces y cuanto obstáculo se interpusiera en su camino; las fuerzas comenzaron a fallarle y a duras penas logró subirse al muro y se arrastró en dirección al cerro maldiciendo al mundo, maldiciendo a Manuel.

Carmen había enviado un mensaje a sus hijas con Emilio en que les solicitaba se reunieran en su casa el día viernes. Tenía algo que comunicarles muy importante.

Nadie quería perderse esa reunión, ni Rosa que preocupada estaba porque Gabriel esa noche no llegó a casa. No era habitual en él, y de haber sido necesario se lo habría comunicado de ante mano.

La cita era a las cuatro de la tarde, de manera que Rosa esperó paciente a que llegara Gabriel para acudir tranquila y sin ninguna preocupación a la misteriosa reunión a la que la citaba su madre.

Emilio llegó adelantado, más por curiosidad que por cumplido. Intentó a que su madre le adelantara algo mientras esperaban a los demás, no tuvo éxito. Y para colmo de su curiosidad se percató que la puerta de la habitación que fuera de Manuel se encontraba cerrada; aunque esto no debería haberle extrañado, ya en otras oportunidades la encontró así; pero lo que sí lo dejó perplejo, fue la prohibición de su madre a que se acercara a la puerta siquiera.

De manera que a Emilio le pareció eterna la espera sentado en un sillón y la madre en otro sin cruzar palabra alguna.

La segunda en llegar fue Marta que en vista del silencio reinante comprendió que no debía preguntar nada hasta que su madre se decidiera a hablar cuando llegara Rosa, que estaba retrasada, el reloj daba las cuatro de la tarde.

Rosa no podía entender dónde había pasado la noche Gabriel y salió de su casa con dirección a la de su madre con la esperanza de que cuando volviera lo encontraría allí.

Carmen miraba su reloj impaciente, pero decidió esperar a Rosa, así que le pidió a Marta a que prepara té mientras llegaba.

A las cuatro y media llegó Rosa dando las excusas por la tardanza pero sin mencionar el porqué.

Mientras tomaban el té, su madre se decidió a hablarles.

Hijos míos —comenzó con un tono tierno y amable—, sé que están intrigados por mi comportamiento poco usual que he tenido en este último tiempo.

Confieso que les he mentado —continuó con pena—, pero ahora decidí que era tiempo que supieran la verdad.

Las tres tasas de té fueron a parar en un acto simultáneo a la mesita de centro y los tres oyentes intrigados por los rodeos que daba y que aparentemente daría su madre, se acomodaron en sus sillones dispuestos a no perderse detalle de lo que venía.

—Quiero que me perdonen por los malos momentos que estoy segura les he hecho pasar —continuó diciendo mientras secaba unas lagrimas que no pudo ni quería evitar—, pero sé que me entenderán cuando les revele los motivos que tuve para comportarme así.

»Lo que hice debía hacerlo sola, además era una corazonada que se hizo realidad para felicidad mía y estoy cierta que de ustedes también.

Marta hizo un ademán de hablar y pedir que de una buena vez fuera al grano, no podía soportar tanto rodeo; Carmen se lo impidió haciendo un gesto con la mano para que esperara y prosiguió:

—Las he citado aquí para decirles que su hermano Manuel tuvo un hijo. —E inquirió con la mirada la reacción de sus hijas.

—Estás segura mamá de lo que estás diciendo. —Preguntó Marta acercándose.

—No puede ser mamá. —Dijo Emilio tomándose la cabeza.

Rosa no preguntó ni dijo nada, sólo se quedó con la boca abierta.

—Todo este tiempo —Continuó Carmen—, he dedicado a ubicarlo y lo logré.

—Pero cómo lo supiste. —La interrogó Rosa.

—En realidad lo supe hace mucho tiempo, hace cinco años que lo sabía, no aquí —y se tomó la cabeza—, sino que acá, en mi corazón, siempre lo supe. Manuel nunca me dijo nada y sin compartir su silencio lo respeté.

Ahora nadie quería interrumpir y escuchaban atentos.

Rosa por su parte se había olvidado de Gabriel por lo emocionada que estaba.

Carmen siguió hablando:

—La primera vez que lo vi, fue cuando sepultamos a Manuel, estaba con su madre, y ustedes recordaran que casi me desmayo, ahí comprobé que no me había equivocado y ahí supe también que no descansaría hasta dar con el paradero de tan hermosa criatura.

De manera que los días que siguieron los dediqué a encontrarlo; preguntando entre sus

amigos y compañeros de trabajo di con la casa de la mujer que parió un hijo de Manuel y se los quiero presentar.

—Cuándo. —Preguntó Marta casi gritando.

—Sí mamá, cuándo. —Dijeron los demás.

— ¡Ahora! En este día quiero que lo conozcan. En estos precisos momentos — dijo la madre llena de júbilo.

Y tomando de la mano a las mujeres e invitando con la mirada a Emilio se dirigió a la cerrada habitación que fuera de Manuel.

Y mientras sacaba la llave para abrir la puerta les siguió hablando.

—He logrado que su madre a la que conocerán después, autorice que el niño nos visite de vez en cuando, y con la ayuda de ustedes quiero convencerla a que se venga a vivir conmigo, aquí hay espacio para los tres.

Y finalmente, la puerta se abrió.

Un niño de unos cinco años dormía plácidamente en el lecho de su padre.

Desparramadas por toda la cama se podían ver pulseras, cadenas, anillos y prendedores de oro; en su muñeca derecha lucía brillante un precioso reloj también de oro.

(1) “Nada” de Carlos Pezoa Véliz

## El hombre triste

Maurú se levantó esa mañana con la decisión tomada. Se iría a buscar el remedio para su mal a dondequiera que este se encontrara. Se había decidido a dejar de ser el hombre triste en que desde hace algún tiempo se había convertido. No llegaba todavía a los cincuenta años, tenía todo lo que un hombre puede desear: afecto y bienes materiales, pero ya no conocía la alegría.

Tomó su morral y se encaminó rumbo a la montaña y no volvería sin el remedio para su mal.

Caminó todo el día y cuando la noche anunció su hora se procuró un lugar entre unos roqueros y descansó.

Al día siguiente se encaminó nuevamente en dirección a los cerros de la pre-cordillera cruzando por hermosos valles pero que no lograron reconfortarlo, más bien los ignoró. No pensaba en nada y caminaba como si supiera su destino, pero en realidad no lo sabía.

Al tercer día se encontró parado en la cima de un cerro desde donde se podía observar el hermoso paisaje primaveral. Contemplo las maravillas de la naturaleza sin sentir ninguna emoción.

Cuando se aprestaba a reanudar su camino vio a lo lejos la figura que parecía ser de un hombre. Corrió cerro abajo sin saber porqué en busca de la pequeña figura que caminaba apoyada en una larga vara de madera. A los pocos minutos estaba parado frente a un anciano de alba barba que cubría su cuerpo con un manto gris. Se detuvo a unos diez metros de él y lo contempló.

El eremita detuvo su lenta marcha y le regalo una amplia sonrisa y cuando Maurú se le acercó preguntó:

—¿En qué andas forastero? ¿Te puedo ayudar?

Maurú le miró casi con desprecio y pensó ¿Como podrá ayudarme este anciano loco que vive en estas soledades en un raído campamento entre las rocas. Y le contestó con otra pregunta:

—Y usted...¿vive aquí?

—Vivo aquí, allá o acullá, ¿qué importa dónde?

—¿Y es feliz? —Le susurró

—¿De verdad que no lo puedes ver?

El hombre triste

—Pareciera que sí lo es.

—Pues "es" lo que parece. —Respondió el anciano con vigor y agregó—: Ciertamente tú no lo eres.

—¿Y cómo lo sabe? —inquirió Maurú desconcertado.

—Es lo que parece. ¿Quieres mi ayuda?

Maurú le miró e imagino un largo sermón, cuentos historias aburridas y con desconfianza le interrogó:

—Y...¿Cómo podría usted...

El anciano le interrumpió con energía:

—Puedo y quiero hacerlo. No tienes nada que decir, sólo escucha. ¿Ves aquel monte que se une con la montaña? Pues ahí esta la solución que tu buscas. Hay ahí un riachuelo que nace de las entrañas de la montaña y se pierde muy pronto entre las rocas. Es muy pequeño, cincuenta metros de cauce y nada más. ¡Ve al lugar! y bebe agua con tus manos, un sorbo será suficiente. —Y se alejó de Maurú haciendo un gesto con la cabeza a modo de despedida.

Maurú quedó paralizado un momento y cuando se disponía a partir escucho la voz del

anciano que le gritaba:

—¡No escuches a la montaña! ¡Escúchate a ti mismo!

Y el hombre triste partió como dominado por una fuerza exterior sin mirar atrás.

A los dos días siguientes estaba parado junto al riachuelo y lo miraba extasiado sin atreverse a beber de sus aguas. Suspiró largo y se inclinó solemne, temeroso, y bebió. Una sola vez. Al instante se incorporó y miró a su alrededor. Fue como salir de un encierro. Podía ver. Que hermoso paisaje, flores, mariposas, aves, si hasta la tierra y las rocas le parecían preciosas, tomó un puñado de tierra, ¡que bien olía! ¡Que hermosas formas tenían las rocas! Se sintió parte de todo, abrazó un árbol, lo rodeó con sus brazos y lo besó. Dónde estaban estos elementos antes. Quería desandar el camino para observarlo todo, con detenimiento. Y la montaña, que bella era. Sintió un repentino impulso por escalar a la cima de ella. Todo se vería más bello desde allí. El viento le traía una invitación: ¡Sube! ¡Sube!, le decía. Era tan imponente. ¡Sube! Aquí encontraras más. ¡Sube!

La voz del anciano resonó en sus oídos: "No escuches a la montaña" "Escúchate a ti mismo" Y dando una mirada al riachuelo a manera de agradecimiento, emprendió la vuelta.

A los pocos días estaba otra vez frente al anciano. Corrió hacia él como un niño a su padre y le abrazo sin decir palabras. El anciano le dejo hacer sin preguntar.

Maurú Habló:

—¿Cuándo bebió usted de esa mágica agua?

—Nunca. No la he necesitado.

—Pero.. Entonces cómo... No lo entiendo.

—Es fácil. Yo trato de no escuchar a la montaña, que es el mundo que nos promete todo. Siempre me escuché a mi mismo. Todo está dentro de uno, sólo hay que saber escoger. Cuando la montaña te invitó a subir, eras tú que lo deseabas pero aprendiste que hay cosas que son innecesarias, y el agua que bebiste sólo te sirvió para apagar tu sed. Todo está dentro de ti. Las penas y las alegrías. Tú las escoges.

—Pero yo sentí un cambio repentino en cuanto bebí de esa agua.

—Fueron tus deseos, necesitabas creer en algo, ya ni siquiera creías en ti.

Pero ahora ya estás curado, vuelve al lugar de donde viniste y se feliz.

Maurú abrazó otra vez al anciano para despedirse, dio media vuelta y se marchó, caminó unos cuantos pasos y se volvió, no había nadie ni nada. Ni el anciano ni su campamento.

## La promesa

(La sombra de la muerte nos acompaña todos los días de nuestras vidas hasta que nos abraza eternamente)

La señora Laura caminaba por el polvoriento camino cercado por añosos álamos de amplia y generosa fronda que entrelazaban sus copas en lo alto impidiendo el paso de la mirada ardiente del gran astro estelar. La proximidad de era estival ya se hacía sentir.

Más erguida que nunca y con largas zancadas, no propias de una mujer de su edad, se dirigía en dirección a la carretera para abordar el microbús que la llevaría a cumplir con la promesa.

Las aves que anidaban en lo alto de los árboles, parecían sorprendidas por la presencia temprana de la mujer que levantaba abundante polvo dejando una huella blanquecina flotando en el aire, creando una visión fantasmagórica en la mediana oscuridad matinal.

Delgada, vestida con un traje gris, como gris era su larga cabellera tomada de tal manera con un grotesco moño que la hacía verse más alta.

Sus empolvados zapatos negros amenazaban con abrirse en cualquier momento y obligar a la anciana a seguir su camino protegida solamente por sus remendadas medias.

El sol dejaba ver los primeros rayos que se reflejaban en seca hierba que crecía por los costados de la alameda.

El pequeño poblado estaba quedando atrás y la hora de la cita estaba cada vez más cerca.

Nunca había faltado a su compromiso, más bien ella lo sentía como un pacto hecho entre ella y su difunto marido; hecho en el mismo lecho de muerte como una eterna muestra de amor y fidelidad.

—Te prometo —le dijo un día a su esposo—, que si tú te vas primero donde está Dios, visitaré tu tumba y pasaré el día contigo, cada dos de Noviembre. Y quiero que me prometas que harás lo mismo si he de ser yo la que me vaya primero.

—Prometido. —Contestó su esposo, abrazándola tiernamente.

Una larga y penosa enfermedad debió soportar el hombre antes de ceder en la lucha por vivir.

Laura no sólo perdió a su compañero, sino que también todos sus bienes, que no eran pocos, para pagar la enorme deuda adquirida por motivos de la enfermedad de su marido, que por cierto, no fue remediada. Pero esto no fue óbice para que los acreedores, clínicas o financieras, hicieran efectivos los documentos que acreditaban la deuda.

Su hermosa casa plantada a pocos metros del centro de la ciudad fue rematada al “mejor postor”, personaje conocido, pero sin rostro, en estos menesteres.

El mismo paradero de sus muebles y bienes adquiridos con tanto esfuerzo.

La calle era su destino; no tenía a nadie que pudiera darle cobijo, ya era una mujer de setenta y tantos años.

Ese era el motivo por el cual vivía ahora en una choza de madera y latas en un sitio cedido por la municipalidad, distante cuarenta kilómetros de la ciudad, como un acto de “humanidad”, como lo anunció pomposamente el alcalde.

No tenía otra opción. Aunque ella habría preferido la muerte, aceptó su destino porque tenía un pacto que cumplir.

Nunca pensó en adaptarse a su nueva condición; así lo demostraba su actitud frente a sus nuevos vecinos, que conocedores de su drama se esforzaban por ayudarla según sus escasos medios se lo permitían.

Era un sector agrícola en donde la abundancia de frutas y verduras permitía a los lugareños llevar una vida un tanto más relajada. Una paupérrima pensión era toda la riqueza de Laura, pensión que también se debía a los buenos oficios del alcalde.

Pero no todo lo había perdido en la ciudad; conservaba algo que no trepidaba en demostrar cuando sentía que alguien se lo quería arrebatar: su orgullo. Eso lo sabían muy bien sus vecinos.

Especialmente la mujer de la casa que estaba más cercana a la de Laura, que en una oportunidad, después de hornear el pan, cosa que hacía cada tres días, separó uno pocos, los puso sobre un plato, los cubrió con un paño blanco y se dirigió a la casa de desvalida mujer.

Laura al verla parada frente a su destartada puerta, hizo un ademán de recibir el apetitoso obsequio, pero en un repentino ataque de arrepentimiento, cerró de un solo golpe la puerta haciendo que el polvo acumulado en las resacas y quebradas tablas, cayera sobre el albo paño que ocultaban los panes de la discordia.

Una singular estrategia idearon sus vecinos más cercanos para apoyarla sin herir su orgullo. De forma tal que cada vez que querían ofrecerle algo, se dirigían a la casa de la “ermitaña” con el pretexto de venderle sus productos a precios irrisorios; y la mujer se sentía satisfecha de poder “ayudar”, según ella, a sus semejantes a pesar de su condición extremadamente humilde.

El microbús con su preciosa carga de trabajadores, se detenía para recoger a la solitaria anciana. Se sentó ágilmente, con los ojos brillantes por la emoción, separando las monedas para el pasaje de vuelta, y se dedicó a repasar todo lo que le diría a su esposo cuando llegara al camposanto.

Llamaba la atención a los demás pasajeros, la soberbia que podía percibirse a pesar de su vistosa condición de indigente.

Pero ella seguía en lo suyo, sin prestar mayor atención a las curiosas e impertinentes miradas de la gente, repasando una y otra vez su declaración como citada para un careo judicial.

El microbús estaba excedido en su capacidad recogiendo a los obreros que servían en la ciudad y la mujer no parecía percatarse de ello, pues seguía en sus profundas cavilaciones.

Unas casas que nada tenían que envidiar a la de Laura anunciaban que su viaje estaba próximo a concluir. Después se podían ver unas nuevas poblaciones de departamentos recién inaugurado por las más altas autoridades del sector, con un discurso que convencía a sus propietarios, de lo afortunados que eran al ser beneficiados con tan “magníficas” viviendas de dos dormitorios.

Luego aparecían las casas más antiguas de la ciudad.

— ¡Cementerio! —Gritó el conductor.

Laura saltó de su asiento como escolar por una reconvención del maestro.

Se dirigió a la puerta del vehículo pasando a llevar a las demás personas que también querían bajar.

Rauda se dirigió a la puerta del lugar en donde “dormía” su esposo.

Tuvo dificultad para comprar las flores; los vendedores recién descargaban y ordenaban su mercadería.

Una vez que las pudo conseguir, caminó en dirección a la tumba de su marido repitiendo en voz alta los nombres de las calles en que se encontraba.

“Animas Benditas con Santa María”, repetía una y otra vez, como temiendo olvidar los

nombres y faltar a la cita.

El tránsito por las estrechas calles era expedito por la escasa concurrencia de gente a esas horas de la mañana.

El oscuro olor de las flores flotaba denso en el ambiente.

“Animas Benditas con Santa María”, volvía a repetir mientras caminaba por Santa María.

Una calle más y llegaría; otra vez había cumplido su promesa; en veinte años jamás había faltado a la cita.

Arregló su cabello suelto por el viaje y se detuvo bruscamente frente al sepulcro.

Un montículo de una tierra negra y húmeda al borde de la vacía tumba era la causa de su dolor, dolor que la ahogaba, que atravesaba y recorría en todo su débil cuerpo, el que convulsionó todo.

Levantó sus brazos al cielo y agitó con furia las flores que desprendían lentamente sus pétalos, pedía una explicación. Sus ojos teñidos de rojo se salían de sus cuencas, de su boca emanó un alarido contenido por años, sus piernas se doblaban y no podían sostenerla, una sombra oscura y fría la abrazaba, fuerte, para siempre.

Las flores cayeron primero preparando la vacía tumba de las calles Animas Benditas con Santa María.

## El indio Juan

El “indio Juan” había llegado “todo curado” como solía decir su mujer cuando a este se le calentaba “la jeta”. Lo que no era muy común en él, considerando el desprestigio que su raza tiene en esta materia; especialmente de parte de los “chilenos”, que sin ser menos en la práctica de este popular “deporte”, cree tener un dominio sobre sus actos cuando está en manifiesto estado de “intemperancia”, como prefiere decir cuando se encuentra “todo curado”.

Cuando el “indio Juan” se emborrachaba, experimentaba un extraño cambio en su personalidad que a todos divertía.

A los tres o cuatro tragos de vino, inconscientemente comenzaba a mezclar en sus conversaciones la lengua de sus antepasados, el que dominaba a la perfección, con el idioma español.

A pesar de que había nacido en la capital, siempre estaba pendiente de las vicisitudes que debían enfrentar sus hermanos en las tierras del sur de donde llegaron sus padres huyendo de la miseria a que estaban sometidos, desoyendo el clamor de su sangre que luchaba por permanecer en la tierra de sus ancestros. Siempre pensó que había sido un error de parte de sus padres haber abandonado la tierra de sus orígenes porque, a pesar de que se habían adaptado a su nueva y novedosa vida en la capital, podía él adivinar en los ojos de sus padres el sufrimiento y la nostalgia que a estos les producía ver u oír noticias de la lucha de sus hermanos por sus reivindicaciones.

Pero tenía una mínima conformidad, el sacrificio de sus padres había sido pensando en su futuro aun estando en el vientre de su madre; se había comprometido a sí mismo a no defraudarlos, a esforzarse por ser lo que sus padres soñaron.

Aunque en realidad sus padres nunca tuvieron en mente nada específico respecto a su formación; la idea de dejar su cuna, más bien fue creyendo que tendrían más oportunidad de vivir con menos sacrificio que el requerido en su tierra, según las informaciones recibidas por parientes que partieron a la capital antes que ellos. Sin duda estos menores sacrificios redundarían en una mejor calidad de vida para su primogénito.

Juanito, era un “indio” especial según el común de sus amigos y por el decir de los ocasionales conocidos. Estos últimos haciendo gala de un “conocimiento amplio” de la cultura de nuestros aborígenes, se atrevían a calificarlo como un “indio” modelo y aprovechaban estas circunstancias para negar su innegable racismo. Juan siempre estuvo consiente de esta actitud contradictoria de la sociedad de la que él formaba parte, la que por un lado gritaba a los cuatro vientos: ¡No a la discriminación!, en su proceder aprovechaba todo los resquicios “legales” que le permitía aprovechar la indefensión en que se encontraban sus hermanos, en un nivel más bajo que los desposeídos blancos.

Pero no sólo lo sabía, sino que también lo había experimentado a diario a lo largo de su novel vida. Desde su infancia debió aprender a vivir en un mundo en que era mirado como un extraño, por sus características físicas, por sus imberbes compañeros, pero lo que tardó en comprender, fue la diferencia en que era tratado por los mayores encargados de impartir la instrucción educacional. A veces con demasiada atención, como si la necesitara más que otro niño, otras con abierta discriminación, y todo por parte de una misma persona.

Las historias contadas por sus padres, muertos misteriosamente, respecto a sus antepasados directos, fueron un factor determinante para que él lograra, no sin dificultad, sortear todos los “inconvenientes” que le sobrevenían por su condición de indígena.

No quería demostrar nada a nadie. Ni siquiera a sí mismo. Dentro de él estaba la convicción de que era un ser con las mismas debilidades y fortalezas como cualquiera de los habitantes de este

planeta. Estaba convencido que todo dependía de él a pesar de las dificultades que su origen conllevaba y que no eran más que las que debían enfrentar muchos de sus coterráneos blancos. Casi se sentía agradecido de la instrucción recibida por estos en la poderosa capital. De modo que no hacía ningún distingo entre los de su raza y la advenediza. Lo que no significaba que no tuviera una especial atención para con sus pares como si desde el inconsciente acudiera a un llamado de auxilio.

No sabía por qué no podía abstraerse de esta situación que en un principio la encontraba contradictoria, pero que después debió enfrentar como un acto propio de su “naturaleza”.

No sabía de resentimientos, más bien sabía de argumentos, de razones más que lamentos.

Si había algo que había asimilado a la perfección, era un refrán que había adoptado como fórmula de vida, de sabia existencia, y que le había reportado enormes beneficios para su relación entre sus semejantes, extraído del libro de los Proverbios:

“El que carece de entendimiento, menosprecia a su prójimo; Mas el hombre prudente calla.”

Como maestro de escuela primaria, pretendía devolver en parte lo que había recibido a lo largo de su vida. A los veintisiete años de edad ya estaba en condiciones de hacerlo.

Esos inescrutables designios del destino, le llevaron a ejercer su profesión a la tierra de sus ancestros. Muchas veces la había visitado antes, con sus padres cuando pequeño, en sus vacaciones de estudiante y ahora finalmente volvía, aparentemente para quedarse definitivamente.

Desposó a una bella morena de la zona, la que conservaba intactas sus remotas tradiciones. Vestía orgullosa los atuendos típicos de su raza. Su español era divertido y la hacían parecer un tanto ingenua. A pesar de sus veintidós primaveras, era escaso el contacto que había tenido con la famosa “civilización” de la ciudad en la que muchos de sus hermanos hablaban y por la que muchos otros abandonaron sus tradiciones.

No fue precisamente la hermosura de su rostro ni la delicada figura de su pequeño cuerpo moreno lo que sedujo a Juanito, sino más bien su autenticidad.

La madre de Julia, una reconocida “Machi” de la zona, no veía con buenos ojos la unión de su hija con un Mapuche criado en otra cultura. Pero la paciencia de Juan pudo más que la obstinación de la anciana

curandera, que tal como si su futuro yerno padeciera alguna enfermedad, lo sometió al ritual que alejaría los males causantes de las dolencias del cuerpo y del espíritu.

Su suegro poseía unos campos sembrados que permitían el sustento sin muchos sobresaltos y que le permitieron retener a sus hijos bajo su alero y costumbres.

La ceremonia fue a la usanza Mapuche, sin el tradicional rapto de la novia, pero si con el pago de una importante dote no consistente en dinero, aunque para aquello Juan debió desprenderse de una importante cantidad.

La fiesta le pareció eterna. Día tras día parientes y amigos se encargaron de mantener viva la tradición con abundante vino y comida. Tampoco faltó el llanto y los consejos de los más ancianos. Menos podían faltar los celos y las peleas por parte de aquellos que se oponían a la boda de su pretendida, con uno que había traicionado su raza.

Juan debió demostrar a sus detractores que, aunque había nacido en la capital, se sentía como uno más de ellos. Uno conoció la potencia de sus puños.

La escuela le esperaba. Sus alumnos lo necesitaban.

Así, sin sobresalir de entre los demás, logró consolidarse como un buen educador logrando un reconocimiento de sus jóvenes alumnos.

A pesar de que esta actividad absorbía gran parte de su tiempo, se las ingeniaba para practicar una de sus actividades favoritas, estudiar acerca de sus ancestros.

Conocía a la perfección todos los rituales y sus significados. Y esa era precisamente la hebra que había escogido para intentar llegar hasta sus orígenes.

Ahí estaba el “indio Juan”, “todo curado”, sentado en el patio de su nueva casa en la tierra de sus antepasados, cerca del Canelo, que lucía sus hermosas flores blancas que él contemplaba extasiado. A veces las lágrimas brotaban de sus ojos como lanzas transparentes que se desvanecían en su redonda cara.

Una angustia y un deseo de gritar a todo pulmón le sobrevenían cada vez que se encontraba en esa situación. No sabía si maldecir o cantar, si reír o llorar.

Ya era media noche, y a pesar del frío que el viento se encargaba de repartir a todos por igual, él se mantenía sentado frente al Canelo con sus piernas recogidas y abiertas sus rodillas, protegido con un grueso gorro y un colorido manto de lana, mirando algo que sólo él podía ver.

De la tierra una espesa niebla se elevaba al cielo lentamente, como una oración, como una plegaria que manaba de millones de almas afligidas.

A pocos metros del sagrado árbol, los espíritus malignos huían por invisibles espacios hacia el exterior de la casa al contacto con el olor que producían las ramas de Canelo que ardían. Julia jamás olvidaba expulsarlos. Eran como anchas lenguas de fuego negro y azul que huían hacia el espacio perdiéndose en la nada. A Juan no lo perturbaban.

El monótono sonido del cultrún acompañado por el trompe y la trutruca llegaba desde lejos colaborando mágicamente con su místico estado, y de pronto: Suspendido en el aire como apoyando sus pies en la espesa niebla, vio la figura adusta de su padre que le miraba tierno y severo. Una cinta roja en su frente, su torso descubierto, sus pies descalzos y en su mano derecha una flecha ensangrentada.

Lo veía flotar por entre las ramas del Canelo levantando la flecha y mirando al infinito pidiendo la protección de “Guenipillán”.

Un poderoso rayo iluminó el cielo y la tierra, y con el extremo de su dorada y alargada luz tocó la punta de la ensangrentada flecha haciendo estremecer y brillar la figura del anciano invocador que lentamente comenzó a descender hasta posarse frente al dispuesto observador que le miraba sin muestra de asombro.

La música se oía fuerte ahora, el cultrún retumbaba hasta en el infinito como si un gran mazo golpeará la esfera celeste, la trutruca envolvía el espacio circundándolo como lanzas etéreas y cristalinas, el trompe rechinaba en sus oídos como miles de flechas aladas. El olor al Canelo ardiendo se ofrecía como ofrenda a “Maulen”.

Una señal dio el anciano y Juan se levantó despacio, muy lentamente, y caminó hacia su padre que le llamaba agitando levemente su mano izquierda mientras que su derecha le iluminaba el camino con la flecha encendida con fuego eterno.

Otra señal dio el anciano, y subieron, alto, muy alto.

Sus cuerpos semi desnudos brillaban en la oscura noche.

Una tensa calma reinaba entre las espesas nubes.

Abajo quedaba su pueblo, su gente. Abajo quedó su cuerpo.

Los truenos y relámpagos estremecieron el cielo.

El viento tenía prisa.

El anciano y su hijo seguían subiendo, ya llegaban.

El ruido en los cielos era ensordecedor y poco a poco la música se apagaba.

Miles de voces se hacían oír como cientos de ríos caudalosos.

La guerra de pillanes había comenzado.

Cientos y cientos de fuertes guerreros se trababan en una cruenta lucha con sus eternos enemigos. Nubes de flechas volaban por el espacio en todas direcciones.

Cientos de bravíos luchadores caían heridos por las mortales saetas.

La batalla se llevaba a cabo en un celestial valle cercado por altos cerros. En uno de estos, en la cima y montado en un brioso caballo blanco, vigilaba las acciones de sus guerreros un “toqui” de alba cabellera sosteniendo una lanza con la que dirigía a sus huestes.

Cada movimiento que el toqui daba a su lanza era advertido por los guerreros que inmediatamente seguían las instrucciones que su jefe les daba por medio de esta.

En lo más alto de otro de los cerros que cercaban el ensangrentado valle estaba Juan, ahora Lincollan, era un niño de catorce años, atento a los acontecimientos. Estaba sólo, su padre le había dejado para comandar las acciones que se llevaban a cabo en el celestial valle.

Le estaba impedido participar. Sólo aquellos que en su terrenal vida fueron guerreros podían formar parte en la lucha. Él jamás lo había sido.

Esto había causado que su padre, el cacique Vitacura, elegido decena de veces “toqui” por su fuerza, valentía y por su poder de oratoria, sufriera la humillación de tener un hijo que jamás participó en una guerra.

Lloró amargamente cuando su primogénito fue cautivo por los que invadieron sus tierras para apoderarse de ellas. El joven había cumplido los catorce años, edad en que debía iniciarse en los conocimientos que lo convertirían en un guerrero, cuando fue secuestrado y muerto por los invasores que devolvieron su cuerpo completamente mutilado en señal de advertencia.

No tuvo consuelo a pesar de que sus hijos menores fueron como él, valientes guerreros. Pero estos eran el fruto de la relación que tuvo con otras de sus tantas esposas, Lincollan nació de la primera, la amada.

Clamó incansablemente al “Alma del Cielo” para que le devolviera la dignidad perdida tan vilmente. Murió haciéndolo. Y continuó clamando. “Guenipillán”, se compadeció de él y escuchó sus ruegos y le encargó a “Maulen”, el dios bondadoso, que dispusiera cómo Lincollan podía recuperar el sitio perdido tan oprobiosamente.

Las instrucciones de Maulen fueron precisas: El cacique y su amada esposa debían bajar a la tierra y engendrar el alma de Lincollan. Era necesario que naciera completamente apartado de su pueblo.

En segundo lugar, los padres estaban impedidos de revelarle el secreto de su origen y los propósitos por los que había vuelto a la vida terrenal. No debían influir de ninguna manera en la formación cultural respecto a su raza. El espíritu de un verdadero guerrero jamás se aparta de ella. Sentenció “Maulen”.

En tercer lugar los padres debían dejar la tierra dejando sólo a Lincollan a los catorce años.

“Hueculen”, el dios maligno, desplegaría todas sus fuerzas para que la obra que iniciara cientos de años atrás permaneciera eternamente, influiría para que Juan, o Lincollan, se desviara de los caminos que sin saber le exigían. Había dado un gran paso cuando este se recibió de maestro de escuela, eso lo alejaría inevitablemente de cumplir lo dispuesto por “Maulen” quien también había decidido que debían pasar otros catorce años y el muchacho sería llevado arriba habiendo, o no, cumplido con la estas exigencias, que por cierto él ignoraba.

Si no cumplía, sería destinado a la servidumbre de los guerreros lo que provocaría la eterna desilusión de su padre que tanto había implorado por esta oportunidad.

De lo contrario, tendría el privilegio de observar a su padre dirigiendo a sus guerreros tal como ahora lo hacía y luchar junto a él.

El plazo había llegado.

“Maulen” y “Hueculen” subieron donde “Guenipillán”.

“Maulen” le habló:

—¡Oh! Alma poderosa del cielo, he aquí que hice como lo ordenaste, sometí a Lincollan a las más diversas pruebas, duras pruebas, apartándole de su raza, recibiendo otra formación cultural, arrebatando a sus padres a corta edad, sin recibir ninguna información de quién era ni de dónde venía. Y la ha superado. No se apartó de sus raíces y su espíritu permaneció junto a los suyos. Por lo tanto pido que sea considerado como uno más de los guerreros junto con los valientes que han engrandecido el nombre de nuestra milenaria raza.

—¡Un momento! —Gritó “Hueculen” y continuó—: ¿Cómo es posible que denigres de tal manera a vuestros guerreros?— Preguntó airado y siguió—: Ellos merecieron este lugar porque valientemente se entregaron sin temor en defensa de su pueblo derramando su sangre, luchando contra los invasores vecinos y contra los poderosos invasores que vinieron desde lejos. Y este ¿Qué méritos hizo? ¿Conoce siquiera una flecha? La única sangre que ha derramado este es la de sus rodillas rotas al caer cuando niño. —y agregó—: Oh, “Guenipillán”, te desconozco, qué mérito es ese el de bajarlo a la tierra y volverlo a traer como un guerrero porque cumplió con algo que cualquiera habría logrado. “¿O para ser considerado como tal, se requiere ser hijo de un guerrero?

—No está en duda su espíritu de valiente —interrumpió “Maulen”—, antes de ser muerto ya había demostrado su intrepidez cuando niño, y ahora sometido al total abandono, ha demostrado que su espíritu ha permanecido invariable y pese a todo no se apartó de sus raíces.

—¡Pruébalo! —grito “Hueculen”.

—¡Basta! —Dijo “Guenipillán”— recogiendo la idea recién lanzada.

—Lo que se hará es lo siguiente y será definitivo: Por un tiempo se someterá al joven a la debida instrucción necesaria para sobrevivir a las diferentes pruebas a que será sometido. La prueba final será un enfrentamiento con un guerrero.

Tú “Maulen” escogerás al instructor y tu “Hueculen” elegirás al que deba enfrentar, y no personalicen este conflicto, manténganse al margen desde ahora, los detalles correspondientes a las pruebas lo sabrán en su oportunidad.

La batalla había concluido y el cacique se preparaba para revelar a su hijo porqué había sido llamado a ese lugar.

Faltaba solamente el veredicto de los dioses.

“Maulen” comunicó al padre la decisión de “Guenipillán” y que sería él el encargado de adiestrar a su hijo para que enfrentase las diferentes pruebas dictaminadas por el “Alma del Cielo”.

Por su parte “Hueculen” no revelaría el nombre de su escogido para el enfrentamiento sino hasta el momento en que este se llevara a cabo, aunque ya había decidido quién sería.

Día y noche, a padre e hijo se les podía ver realizando diversos ejercicios para fortalecer los músculos del joven.

Una y otra vez Lincollan corría cerro arriba o donde cayera la fecha que su padre lanzaba, para rescatarla en el menor tiempo posible sorteando todos los obstáculos que el terreno escogido presentaba.

No importaba donde fuese a dar la flecha, el joven debía traerla a su padre rescatándola de entre las rocas, de la cima de los cerros, desde lo alto de los árboles, desde el fondo de los ríos, etc.

Cuando el padre consideró que físicamente el joven estaba apto, cambió de ejercicio.

La velocidad era un aspecto importante en el adiestramiento de los guerreros. Lincollan debía correr tanto como pudiera antes que una flecha lanzada al espacio en forma vertical cayera al suelo.

El padre lanzaba la flecha y el joven iniciaba la carrera por un camino sin obstáculos primero y luego la operación se repetía en los más diversos terrenos, ora en pedregales, ora en campos de espinos, hora en lodo, midiendo siempre las distancias logradas para conocer los avances.

No podía ser un guerrero sin conocer los secretos del arco y la flecha. Mucho tiempo dedicaron a este propósito, tanto que no hubo blancos en que el joven no acertara.

Una serie de ejercicios con la lanza era a lo que el padre estimó prudente someterlo para que lograra el dominio absoluto de tan trascendental arma. La preparación para la resistencia física quedó para el final, después de adiestrarlo en el manejo del “laque” y la “macana”. Por la monta a caballo, no se preocupó mucho, era un excelente jinete.

9

En una especie de alforjas de cuero que el muchacho colgaba sobre sus hombros, el anciano ponía grandes piedras, aumentando la cantidad diariamente.

El joven debía permanecer soportando el peso a partir de la salida del sol hasta que este se encontraba en su cenit. Otras veces, desde su cenit al ocaso.

Todo esto debía realizarlo parado sobre una roca.

Meses duró el entrenamiento, tanto, que su cuerpo tenía la figura que se requería para ser un gran guerrero. Pero faltaba la prueba final, la lucha cuerpo a cuerpo con el personaje que “Hueculen” no quería revelar.

Terminada la instrucción por parte del padre, el joven repasaba lo aprendido diariamente por “todo un sol”. A veces toda la noche.

El plazo dado por los dioses estaba por cumplirse, la hora de la verdad por la que tanto rogara su padre, estaba por llegar.

Una mañana el joven dormía profundamente, exánime por el ejercicio realizado por la noche, fue despertado por un gran ruido de miles de gargantas furiosas como el trueno.

Era la hora. Miles y miles de hombres estaban tomando ubicación para presenciar las diversas pruebas a la que sería sometido el aspirante a guerrero.

El valle escogido era el mismo en donde él presenciara la guerra dirigida por su padre, sólo que ahora él sería el actor principal.

La muchedumbre se había dividido en dos bandos, los que deseaban que el joven fuera uno de ellos y los que querían que fracasara, estos últimos, influidos por “Hueculen” que había hecho caso omiso de las instrucciones dadas por “Guenipillán” en cuanto a no inmiscuirse.

Un anciano y respetado toqui sería el encargado de dirigir las acciones. Los cerros estaban repletos de gente que gritaba para que las pruebas se iniciaran pronto.

El anciano juez hizo venir hasta el centro del terreno a Lincollan, y seguidamente ordenó a que uno de los presentes en el cerro bajara hasta donde él y el muchacho estaban.

Primera prueba.

Siguiendo las instrucciones del anciano, el hombre tomó una lanza y la arrojó tan fuerte como pudo, era una mera prueba. El hombre era un corpulento joven famoso por su destreza con la lanza.

La prueba consistía en que el muchacho partiría corriendo desde un punto determinado, y

justo cuando pasara por donde estaba el hombre con la lanza, este debía arrojar la pica y el muchacho debía lograr la velocidad de la lanza para superar la primera prueba.

Tres veces debió repetirse la partida, el lanzador se retrasó en un lance y se adelantó en otros dos.

Esto sirvió para que el joven comprendiera que si no se esforzaba al máximo no lo lograría. El lanzador lo hacía con mucha fuerza.

En el cuarto lance, el hombre sintió un leve pero significativo dolor en su hombro, lanzó la pica con menos potencia que las anteriores veces y sumado al doble esfuerzo que el muchacho desplegó, la prueba la pasó exitosamente

La muchedumbre rugía.

Un breve descanso y....

Segunda prueba.

El anciano hizo llamar a tres lanzadores de picas más.

Durante la segunda prueba el muchacho debería sortear las picas que serían lanzadas contra él, mientras corría hacia un caballo que estaba a considerable distancia.

Cinco lanzas deberían arrojar cada lanzador.

Si lograba montar el corcel y escapar, habría dado un paso más.

Corrió en zigzag, como cuando cazaba conejos, esquivando una a una las picas que a veces silbaban por sobre su cabeza. Una lanza hirió su hombro derecho haciendo que trastabillara peligrosamente, pero siguió corriendo sorteando con mucha dificultad las demás.

Pocos metros lo separaban del caballo, cuando nuevamente fue alcanzado por una pica en su muslo izquierdo y con un último esfuerzo se colgó del pescuezo del animal y escapó "milagrosamente".

Unos ungüentos en sus heridas y debía estar dispuesto para la tercera prueba.

"Las guerras no se detienen porque hay heridos," sentenció el anciano juez.

La tercera prueba.

Una gran roca había sido colocada en el centro del terreno por tres corpulentos mozuelos.

La misión consistía en moverla hasta un límite dispuesto a quince codos de distancia, antes que la llama de una pequeña tea se extinguiera.

Los que estaban en los cerros incrementaron sus gritos de ánimo para con el exhausto competidor.

Sus detractores no paraban de proferir insultos y mofas.

El no escuchaba a nadie, su mente estaba en esa inmensa roca que seguramente se estaba enterrando cada vez más en el blando terreno. Y sin perder tiempo se encaminó hacia ella procediendo a empujar con todas sus fuerzas. La roca no se movía.

Lo intentó una vez más y se dio el mismo resultado.

Sus aprehensiones resultaron ciertas, la roca se había hundido.

Comenzó a hacer fuerza sobre la roca en dirección contraria a la meta, la forma de esta, hacía más posible moverla de ese lado para sacarla del hoyo. Luego intentaría moverla hacia un costado en donde un pequeño desnivel la haría rodar un poco y a partir de ahí, aprovechando el impulso, intentaría hacerla rodar sin detenerse hasta la meta.

La tea consumía rápidamente la grasa, la llama había experimentado una considerable reducción en su tamaño, y Lincollan aún no sacaba la roca de su lugar.

Su muslo comenzó a sangrar profusamente producto del esfuerzo desplegado.

Lincollan no miraba la antorcha.

Desde arriba, en los cielos más altos, los “dioses” presenciaban el espectáculo entusiasmados y asombrados por la capacidad del muchacho.

La roca cedió, más bien una parte de su transitoria base se levantó ante el empuje, largo rato permaneció el muchacho sosteniendo la roca en esa posición, y sin proponérselo vio que la pequeña antorcha quemaba los últimos restos de grasas.

Eso fue suficiente para que las fuerzas perdidas en las otras pruebas vinieran a él todas juntas. Sacando la roca de su lugar y aprovechando el movimiento, la guió hasta la pequeña pendiente primero y luego en dirección a la meta. La tea parpadeaba.

Lincollan no permitió que la roca se detuviera, si lo hacía, la roca volvería a acomodarse y el tiempo, o el fuego, se acababa.

Tendido sobre la roca y sin mirar atrás, comprendió que había logrado su propósito. Sus partidarios con sus vítores, así se lo demostraron.

La cuarta prueba.

Esta prueba iba a permitirle a Lincollan descansar y recuperar fuerzas, pues ahora sólo debía demostrar cuan diestro era con el arco y la flecha primero y luego con la pica. No tenía prisa, de modo que lentamente fue realizando lo que el anciano le indicaba.

Largo rato estuvo disparando a los diferentes blancos que el anciano había dispuesto. Con la lanza debió esforzarse para demostrar el dominio que tenía sobre esta arma realizando diversos ejercicios.

Para finalizar la prueba debía disparar a una pluma de avestruz puesta en la cabeza de su anciano padre, el que había presenciado las maniobras de su hijo en completo silencio.

Un joven alto y delgado fue escogido para contar los pasos de distancia que debía haber entre el anciano con la pluma y el tirador. Eran cuarenta pasos.

Gran expectación reinaba en los cerros y arriba en los cielos más altos.

El padre eligió ponerse de espalda a su hijo para no turbarlo.

No quería ver la cara de horror si este, debido al viento que comenzaba a soplar, erraba su tiro.

El silencio se hizo absoluto.

El muchacho alzó su arco, miró el blanco por unos segundos como calculando la velocidad del viento y su dirección, y soltó la saeta que voló recta y directamente a la cabeza de su padre y siguió su trayectoria haciendo que la pluma volara por los aires.

Los cerros parecían desmoronarse ante el ensordecedor ruido causado por los asistentes a la iniciación jamás vista.

Quinta y última prueba.

Quedaba un cuarto de sol, cuando un guerrero bajó de uno de los cerros cumpliendo una orden de los “dioses” para enfrentar a aquel que pretendía ser como él.

Lincollan debía esperar a que el guerrero estuviera a una distancia equivalente a diez pasos para comenzar la lucha.

Debía avanzar al encuentro de su contendor e intentar maniatarlo con su laque.

Si ninguno de los dos era abatido por este medio, la lucha sería cuerpo a cuerpo utilizando la maza o macana.

Los detractores del joven, ahora tenían a quien vitorear y animar, y no cesaron un minuto de gritar.

Cuando su contendor estuvo cerca, Lincollan pudo reconocer a su oponente.

Era el mismísimo Lautaro que caminaba hacia él dispuesto a abatirlo como lo hizo con los

invasores que llegaron a su tierra cientos de años atrás.

El mismo que tanto daño hizo a sus enemigos por su habilidad e inteligencia. Aquel temido Mapuche que fue considerado por sus enemigos como el más peligroso de su raza. Aquel que a los dieciocho años hacía que el enemigo huyera despavorido.

Lautaro el que dio muerte al capitán de los invasores estaba ahora parado frente suyo y debía contender con él.

No pudo seguir pensando. Lautaro le esperaba blandiendo sus boleadoras.

No podía descuidarse, conocía muy bien la clase de estrategia que tenía enfrente.

Un salto dio Lautaro y enredó su laque en el cuello de Lincollan que cayó al suelo rodando en dirección contraria a su atacante librándose de su atadura.

El guerrero lo siguió intentando asestar con la macana en su cabeza, pero el postulante dio un salto y se incorporó levantando amenazante su maza.

Lincollan se acercó temerariamente a su oponente y una feroz patada en las costillas lo hizo retroceder perdiendo pie. Esto lo aprovechó Lautaro para irse con todo sobre él y le propinó un mazazo en el hombro herido por la pica.

Lincollan cayó al suelo, y cuando Lautaro quiso acercarse, lo echó a tierra con sus boleadoras al tiempo que se incorporaba alzando su macana, la que fue arrebatada de su mano por una genial maniobra del Cacique que estaba caído.

Ahora el joven postulante estaba en desventaja. Había perdido un arma, tal vez la más importante, pues esta era la única que podía dejar tumbado e inconsciente al bravo guerrero que tenía por contrincante.

Esto lo aprovechó el bravo guerrero para acercarse más aún.

Lincollan hacía girar sus boleadoras amenazante, hasta que la enredó en un brazo de Lautaro que cayó rodando al suelo, luego dio un salto sobre él, y un feroz mazazo impactó a Lautaro en pleno rostro rompiendo su nariz.

La sangre manaba profusamente de la rota nariz del formidable luchador.

Pero seguía en pie y dispuesto a seguir luchando.

Se lanzó en un ataque final y arrojando su laque al cuello de Lincollan se acercó lo suficiente como para que este se lanzara a sus pies. Rodaron agarrados por el suelo y la macana de Lautaro volvió a dar en el blanco. Esta vez en las costillas.

La lucha se realizaba en el suelo y Lincollan tomando las cuerdas de su laque las arrolló en el cuello de Lautaro que debió soltar su macana para impedir que este lo ahogara.

Esto fue lo que aprovechó Lincollan para hacerse de la maza de su enemigo y asestó un seco golpe en la testa de Lautaro que se incorporó tambaleándose.

Lincollan también se había puesto de pie dolorido en sus costillas.

Lautaro hacía girar con dificultad su laque, su rostro bañado en sangre le impedía ver con claridad.

Lincollan apenas podía moverse por el dolor en su cintura.

Las piernas de Lautaro flaquearon, la vista se le nubló y lentamente se fue desvaneciendo hasta que cayó inconsciente.

La lucha había terminado.

Truenos y relámpagos estremecieron los cielos.

El anciano lo esperaba junto a su orgulloso padre para hacerle entrega del símbolo del guerrero: Una hermosa y bruñida lanza dorada que devolvía la dignidad y la paz a su padre del que no se separaría jamás.

## Diálogo en la taberna

– ¡Tabernero! Sirvame otra copa por favor.

–Lo siento señor, pero la verdad es que sólo lo esperaba a usted para cerrar.

–A ver... Si me da unos segundos creo que podría descifrar lo que acaba de decirme.

Por que ha de entender usted que me ha tomado por sorpresa su declaración y no puedo evitar que decenas de interrogantes se aglutinen en mi mente generándome un gran conflicto.

Porque según entiendo, usted no me conoce. ¿Es correcto eso?

–Absolutamente señor. Es más, creo que es primera vez que lo veo por aquí, y me jacto a menudo de ser un muy buen fisonomista.

–Precisamente eso es lo que me ha desconcertado señor. ¿Cómo es que una persona que no me conoce y sin haberme visto nunca antes me declara abiertamente que sólo me espera a mí para cerrar su negocio? Y luego me surge otra pregunta:

¿Por qué, si me espera para cerrar, lo que ya es extraño, considerando que llegué a este lugar ya ha más de una hora, no me espera también para abrir?

Y otra pregunta: ¿Qué hubiese sucedido si yo no me aparezco por este lugar?

¿Habría esperado a otra persona o simplemente no podría cerrar la taberna?

»Por otra parte debo confesar que nunca nadie me esperó para realizar algo, por el contrario, el mundo a caminado hasta hoy sin mi participación, por lo menos no en forma consciente ni directamente. Pero ahora me encuentro que aparentemente soy indispensable para que alguien, que es Ud. realice una función tan simple como es cerrar su taberna. No sé cómo sentirme, si halagado como si fuera un escogido o como alguien que está siendo objeto de una broma...

–Perdón que lo interrumpa señor en sus cavilaciones, pero lo único que quise manifestarle era que ya estoy por cerrar y esperaba a que usted terminara para hacerlo. Eso es todo.

–Claro. Pero hay un detalle que me inquieta mayormente ahora, y es el simple hecho de que yo no había concluido aun mi visita a este sitio, y la prueba está en que le solicite un trago más. Y mi inquietud aflora ahora por la posibilidad de que esté siendo discriminado lo que me parecería una injusticia intolerable.

–Creo que me ha mal interpretado señor y para demostrarle que está equivocado le serviré el trago que me pidió a pesar de lo avanzado de la hora, mañana debo volver al trabajo, y por si no se ha percatado Ud. es el único cliente que está quedando.

–Me he dado cuenta perfectamente que estamos Ud. y yo solos en este lugar, y si hay alguien que tardó en reparar en ese detalle no fui yo, porque cuando yo ingresé aquí no había nadie más. Y siendo así me pregunto cuál es la razón por la que me atendió si lo que quería era cerrar, y si lo hizo, que fue lo que lo animó a cambiar de opinión; y si estaba Ud. solo, debo creer entonces que me esperaba para cerrar, sigo confundido; muy confundido.

–Vamos a aclarar esto. Si lo atendí en cuanto Ud. llegó, es porque aún era una hora prudente para hacerlo y de ninguna manera quería ocasionar un conflicto.

–Yo no hablaría de conflicto, porque no lo ha habido, sino que diría: confusión.

¡Salud!... ahora permítame que le manifieste el porqué de esta pequeña confusión y discúlpeme si soy atrevido, pero viéndole mirar constantemente su reloj y de estar preocupado por el mañana que no existe, me doy cuenta que estoy frente a un esclavo más, de cosas que tienen apariencia de ser algo pero no lo son. Habla Ud. de “hora prudente” como si esta además de existir, también tuviera conciencia.

Despójese de su reloj y verá como el tiempo o las horas se esfuman y queda únicamente la realidad, Ud. y su entorno, nada más. Porque quién vio o tuvo un minuto en sus manos de manera que pudiera decir: ¡He aquí un minuto! O ¡una hora! O ¡un día!

Por otra parte, las personas generalmente guardan aquello que consideran más preciado, y ¿Quién ha guardado como un recuerdo un “tiempo” vivido para enseñarlo a alguien? Nadie. Porque no existe. No es real. Y porqué entonces seguir con tanto afán la huella de algo inexistente, que forma parte de la ficción.

“Ha meditado usted acerca de porqué razón el empleado, oficinista u obrero, se esmera y se esfuerza por llegar a tiempo, a la hora, a su lugar de trabajo; y cuando lo ha hecho se lo pasa todo el día esperando el tiempo, la hora de salir del lugar al que llegaron corriendo, casi desesperados. Paradojal por decir lo menos ¿No?

¡Salud!

Y del mañana podemos decir un tanto más.

Quién llegó alguna vez al mañana y dijo: ¡Por fin estoy en el futuro! ¡Estoy en el mañana!

Y otra vez la respuesta es la misma: ¡Nadie!

Porque lo que algunos llaman el mañana o el futuro, es el simple y eterno presente desde donde podemos mirar el pasado que alguna vez también fue presente.

Y siendo las cosas así, ¿por qué tiene que vivir esclavizados marchando al ritmo del tic-tac del reloj o a los números y nombres que se le han dado a los días, como si estos fueran entidades con alguna virtud o poder?

»Si ha sido el hombre quien creó el tiempo, ¿Cómo es que ha adquirido tanto poder como para dominar con tanta fuerza nuestras vidas? Simplemente porque hemos sobre valorado un instrumento que fue ideado exclusivamente para determinar algún orden, pero se ha convertido en la causa de nuestro propio desorden psíquico, privándonos de la libertad que decimos poseer pero que no le permitimos actuar porque está secuestrada y encadenada a los minutos, horas, días, años, etc.

Una libertad que da voces de alerta, que el tic-tac del reloj no nos deja oír. Y así nos pasamos la vida contando el “tiempo” transcurrido y mirándonos al espejo cómo envejecemos por el “tiempo” que ha pasado por nosotros como un germen infernal.

¡Salud!

»El tiempo no pasa, no se queda, no va ni viene! Porque sencillamente: ¡No existe!

¡Es un Sueño! ¡Una pesadilla! ¡Salud!

A propósito, pretender que el “tiempo” existe es como creer que los sueños pueden llegar a ser una realidad, pero todos sabemos que los sueños son meras fantasías que se originan en nuestra mente de acuerdo a las múltiples sensaciones y experiencias adquiridas durante el estado de vigilia. ¿Que piensa Ud. de los sueños?

—Es curioso. Ha dado usted en el clavo. Porque después de escucharlo con mucha atención, me gustaría que hiciera Ud. Lo propio. Porque este es un tema del cual si quiero hablar si me lo permite.

—Adelante. Soy todo oído. Mi pasión es escuchar y aprender. ¡Salud!

—Pues bien, yo creo que el sueño es una actividad que desde los tiempos remotos ha intrigado al ser humano. El psicoanálisis ha pretendido dar luz sobre este enigmático tema.

En la antigüedad había quienes interpretaban los sueños de los reyes dándoles a estos, formas de mensajes divinos. Y creo que al originarse en la parte menos explorada por el hombre, el sueño seguirá por mucho tiempo siendo un gran enigma para nosotros.

»Sin embargo quisiera referirme un poco a la otra clase de sueño. A esa que reconforta después de una jornada agitada, a ese sueño que milagrosamente ordena nuestras ideas y nos prepara para enfrentar el nuevo día, el de la esperanza, el del ¡Ahora sí! Soñar no cuesta nada.

Definitivamente el sueño reconforta, nos permite evadirnos de una realidad que no queremos pero que debemos tolerar. Y sin ánimo de ser descortés le declaro clara y enfáticamente: ¡Eso es lo que pretendo hacer en este “ficticio” minuto para poder levantarme

en el “irreal” mañana de modo que el “inexistente tiempo” me alcance para realizar mis reales asuntos!

De manera que, ¡Tenga Ud.! ¡Muy buenas noches!

¡Si estas existen, claro está!

## La venganza

Cuando el sol se aprestaba a entibiar los fríos campos y pedregales aledaños al pueblo de Santa Marta, la figura de un hombre que corría desesperadamente alteraba la paz y el silencio matinal.

Sin importarle los rasguños en su cuerpo producto del roce con las ramas de los arbustos, corría como huyendo del demonio, si es que se puede huir de él, cayendo a veces de rodillas sobre las piedras que poblaban el sector.

Se dirigía hacia el río, y se detenía de vez en cuando a mirar atrás y seguía su carrera rodando a veces por el suelo. El río estaba al otro lado de una loma que el hombre con esfuerzo estaba subiendo; una vez arriba se tendió a descansar, había corrido más de dos kilómetros.

De espalda y mirando al cielo jadeaba y tosía como un enfermo, tirado en la reseca tierra en el pico de la loma podía escuchar las voces que arrastra el río; voces de niños, hombres y mujeres, todas juntas llegaban a sus oídos, como un murmullo a veces, como gritos desenfrenados otras.

Un ladrido lo sacó del éxtasis provocado por las voces que inconscientemente intentaba descifrar, se sentó rápidamente y lo volvió a escuchar; no tuvo ninguna duda, el ladrido no provenía del río, era el perro del teniente el que se acercaba arrastrando a su amo y siguiendo su huella.

No lo pensó más y parándose echó a correr loma abajo con los brazos en alto, como si lo esperaran multitudes para recibirlo y vitorearlo; pero no, sólo lo esperaba el río salvador, el que le permitiría perder a sus seguidores que se acercaban peligrosamente.

Cuando hubo alcanzado el río, se sumergió en las barrosas aguas que lo arrastraron entre las rocas, sabía que era un riesgo que debía enfrentar si no quería ser alcanzado por el teniente Briceño al que conocía muy bien.

Con mucha habilidad sorteaba las rocas que amenazaban con adelantarse a los deseos del teniente; una roca filosa cortó una lonja de su muslo dejando una estela rojiza en el agua. Un tronco de árbol le permitió seguir en el agua sin braccar por largo rato.

El perro lo había rastreado a la perfección y se encontraba parado en mismo lugar en que el hombre se lanzara a las aguas, y ladrando le señalaba a su amo su descubrimiento.

El teniente se había hecho acompañar con tres oficiales de policías más; un sargento regordete y dos cabos jóvenes, y felicitándose por contar con tan hábil can, se dispusieron a cruzar el río saltando por sobre las rocas.

Mientras él le hablaba al perro en un idioma extraño para que olfateara la huella del fugitivo, sus hombres se sentaron a descansar.

El teniente y su perro se alejaron un poco ante la imposibilidad del animal de seguir la huella y esto lo aprovechó el más joven para preguntar:

— ¿Y qué hizo el hombre? ¿Por qué lo seguimos?

— La mató el desgraciado — contestó el más viejo.

— Y tan rica que era la... — quiso agregar otro, pero el cañón del arma del teniente apuntando su cabeza lo enmudeció.

Por unos segundos todos temieron por sus vidas; la cara del teniente mirándolos con ira los hizo pararse con la intención de huir.

El disparo al aire del teniente los paralizó.

El fugitivo que se encontraba a considerable distancia también escuchó el estampido provocado por el arma. Se encontraba fuera del agua reponiendo fuerzas en la misma orilla del río que cuando se sumergiera, por el lado sur; y volvió al agua braceando con ímpetu.

Su primera meta era llegar al puente del ferrocarril, ya no muy distante; luego saldría del agua por la misma orilla nuevamente y se dirigiría hacia una pendiente que hacía que el tren la subiera lentamente, tanto, que no tendría dificultad para abordarlo.

Briecño que conocía bien la zona, encamino a sus hombres hacia unos cortos túneles que formaban una curva sorteando los cerros, pero, por la orilla norte.

—El desgraciado debe estar allí esperando que pase un tren —dijo malhumorado, al tiempo que instaba a sus hombres a que lo siguieran.

Y todos corrieron al lugar señalado alcanzados por el desorientado perro que ya no ladraba.

A poco de ingresar al sector de los túneles el teniente los reunió haciendo señas para no advertir al prófugo.

—Escúchenme todos —les dijo en tono de advertencia—, lo quiero vivo.

¿Entienden? ¡Vivo!

Y agazapados por entre los arbustos encaminaron sus pasos hacia los túneles.

Se separaron en cuanto llegaron al lugar situándose de manera que cada uno cubría un túnel; según el teniente el hombre debía estar escondido cerca, dispuesto a saltar sobre el tren cuando pasara.

Y esperaron vigilantes a que el fugitivo hiciera una mala maniobra para caerles encima y arrestarlo. Definitivamente había perdido la confianza en su perro que se encontraba despistado por su falta de práctica y agotado por el exceso de peso.

Por el otro lado, el perseguido ya se encontraba camino a los cerros por donde la línea ferroviaria se elevaba. Totalmente exangüe se tendió a la orilla de la línea a esperar su transporte y rasgando lo que quedaba de su camisa puso una venda en la herida del muslo que había dejado de sangrar pero que le dolía hasta hacerlo gemir.

El inconfundible ruido del tren lo hizo olvidar su dolor y se aprestó a buscar un buen sitio para abordarlo. Era un tren de carga con inmensos cilindros de fierro de color anaranjado que se dirigía a la refinería con su valiosa carga de minerales.

Pronto el teniente escuchó también al tren que se acercaba y subió un poco más el cerro en que se hallaba acompañado de un cabo; quería tener mejor visión para cuando el hombre se acercara a la línea férrea.

Todos se movían de un lado a otro a medida que el tren se acercaba, apuntando sus armas donde sus ojos miraban; el tren ya había cruzado el puente sobre el río.

Nerviosos estaban cuando apareció el tren y corrieron hacia la línea en busca del hombre que de seguro estaría listo para encaramarse en él saliendo de entre los matorrales

El tren cruzó el primer túnel, y nada; cruzó el segundo y nada. Todos corrieron al tercero y esperaron a que el tren lo cruzara por completo.

En la cola del tren y aferrado a la mole de fierro y con sus piernas abiertas y apoyadas en los ferrosos soportes se escapaba el hombre, que aterrizado vio como el más joven del grupo de policías le apuntaba con su arma y a punto de disparar; el teniente, percatándose de la situación se abalanzó sobre el cabo haciéndolo rodar justo en el momento en que este disparó y la bala se perdió incrustada en la tierra.

—Lo quiero vivo imbécil. Lo quiero vivo —le gritaba al caído dándole feroces patadas sin discriminar el lugar en donde golpeaba.

Los demás en vista de la situación sólo miraban al fugitivo como se alejaba lentamente.

— ¿Qué hacemos ahora señor? —preguntó el sargento al teniente que se había sentado en la hierba.

— ¿Cómo me pregunta eso hombre? —le respondió gritando.

— ¿Qué quiere decir señor? No lo entiendo. —le dijo un tanto molesto.

— ¿Algo lo incomoda sargento? —Preguntó casi riendo Briceño.

— ¿Qué le parece a usted mi teniente? Hemos corrido kilómetros para apresarlos y cuando los tenemos, los dejamos huir. Debimos bajarlos a balazos del tren.

—Guarde sus fuerzas sargento. Porqué seguirá corriendo. —y se puso de pie.

— ¿Quiere que sigamos al tren señor? —Preguntó sarcásticamente.

—No es mala idea, pero tengo otra mejor: caminaremos hacia la carretera —y se dirigió hacia ella terminando la discusión.

El sargento los siguió de malas ganas y murmuró algo que sólo él comprendía.

Los planes de Briceño eran claros. Considerando que el tren debía dar un largo rodeo para llegar al pueblo Los Sauces para después continuar su marcha hacia la refinería, al llegar él a la carretera abordaría un vehículo y con suerte arribarían simultáneamente con el fugitivo.

Los planes del prófugo eran apearse justamente en Los Sauces y ahí buscar ayuda, conocía bien el pueblo y tenía algunos amigos.

Aferrado a los fierros el fugitivo se preguntaba por qué el teniente lo había dejado con vida, por qué lo había dejado escapar. Se preguntaba si acaso había algo peor que ser asesinado de un balazo. No quería averiguarlo y se dio a la tarea de planear los pasos a seguir. Debía hacer uso de toda su inteligencia para burlar al teniente.

Briceño era muy conocido por los habitantes de Santa Marta y a pesar de que hacía poco tiempo que se había hecho cargo de la tenencia del pueblo, su fama había traspasado las fronteras de este.

El primer contacto que Carlos, así se llamaba el fugitivo, tuvo con él fue en una oportunidad en que debió ir a declarar a la tenencia ante el propio Briceño.

Unos vándalos del lugar, y en venganza por la tiranía que ejercía el teniente con los lugareños, rompieron el parabrisas delantero de su hermoso auto blanco, orgullo del policía.

Todos y cada uno de los jóvenes fueron citados a declarar ante el furioso policía que quería conocer a toda costa el nombre de los autores de la fechoría y aunque usó y abusó de todos los medios de presión que tenía, no obtuvo resultados positivos.

De manera que a modo de venganza juró hacerles la vida imposible a todos los jóvenes para que aprendieran a no meterse con él, y respetar a la autoridad.

Y así lo hizo; porque cada vez que los muchachos se encontraban reunidos, ya sea en algún baile, ya sea haciendo algún deporte o simplemente charlando,

Briceño llegaba con sus huestes a interrumpir lo que hacían deteniéndolos sin justificación.

Esa fue la razón por la que se ganó el mote de “perro Briceño” como era conocido por todos.

El último en declarar fue Carlos, el ahora fugitivo de la “ley”.

Este se encontraba fuera del pueblo cuando los hechos ocurrieron y así lo pudo demostrar al policía que consiente de ello, lo había hecho llevar al cuartel con el propósito de que este indagara entre sus conocidos y los denunciara.

Por eso es que Briceño se despidió amablemente de él y lo envió en una patrulla a su casa; y luego, en cada oportunidad que se lo encontraba, lo saludaba amablemente recordándole sólo con la mirada la misión que le había encomendado.

Ese era el teniente Briceño, un hombre que jamás perdía una jugada y que hacía notar su autoridad sin ninguna necesidad desde sus primeros días de llegado al pueblo.

Joven y delgado, pelo y ojos café, orgulloso de su uniforme, el que siempre llevaba puesto, impecable, como a su segunda piel.

Casado con una muchacha del lugar y amiga de Carlos.

Claudia tenía escasos diecisiete años cuando después de un corto noviazgo se casó con el teniente. Sus padres entusiasmados por el “partido” con que su hija se casaría no dudaron un momento en dar la mano de su hija, encandilados por el uniforme que su futuro yerno lucía. El futuro de su niña, estaba asegurado.

Era una muchacha de un rostro particularmente bello. Delgada y de piernas largas y torneadas; pero sus tetas eran lo que la hacían destacarse de las demás del lugar, haciendo que cada vez que se le veía sola, los muchachos le brindaran los más diversos y divertidos piropos.

No es de extrañar que estos se esmeraran en adularla como una forma de vengarse del teniente.

Otro que también había crecido allí, era precisamente Carlos.

Claudia no tardó en darse cuenta que ella había incurrido en el mismo error en que incurrieron sus padres, ella finalmente llegó a conocer al hombre que había debajo de esa vistosa y alucinante vestidura.

Así se lo hizo saber en una oportunidad a Carlos cuando se encontraron caminando por la plaza. Cuánto se lamentó este no haber tenido las agallas suficientes para declararle su amor mucho tiempo antes que llegara el “ladró” a despojarlo de su ilusión.

Siempre la había admirado, soñaba con ella a diario pero fue un perfecto cobarde y ahora no había remedio y lentamente comenzó a resignarse a que la había perdido para siempre. Pero, una nueva esperanza se estaba anidando en su corazón sin darse cuenta.

Claudia lo había adoptado como un confidente. Si no se encontraban por casualidad, ella lo buscaba por donde quiera que este fuera. Sabía que desahogando sus penas con él, sentía un gran alivio, de manera que con mucha cautela para no ser descubierta por su marido salía en busca de Carlos paseándose por la plaza.

En una oportunidad en que esta le contaba a Carlos como era maltratada, física y psicológicamente por su esposo, este la abrazó tiernamente para consolarla y ella le dejó hacer y se echó a llorar en su pecho; largo rato permanecieron abrazados y sin darse cuenta y llevados por la emoción de sentirse unidos, sus labios se fundieron en un gran y ardiente beso. Era el principio de su final.

Los encuentros se hicieron más cercanos y concertados, siempre en el mismo lugar que escogieron para ocultarse y entregarse al amor.

Era un sitio poblado de árboles muy cercano a la casa de los padres de ella, lugar perfecto para una coartada y para no despertar sospechas por sus continuas salidas.

La relación se fue fortaleciendo cada día más, tanto así, que ella llegó a decirle que estaba dispuesta a huir con él. Carlos quiso bajarla un poco a la tierra.

—No sabes cuanto me gustaría llevarte lejos a vivir y hacerte feliz, pero no podría darte nada de lo que ahora tienes y estoy seguro que sufrirías —le dijo con la pena reflejada en su mirar.

Carlos trabajaba sólo en la temporada de la fruta en el pueblo, después debía buscar su sustento fuera de allí. Sus estudios eran primarios, como los de Claudia y como la mayoría de los lugareños.

—Te juro que no me importa —le respondió ella segura de sí misma— con tal de no verlo más y estar contigo.

Esto fue lo que hizo que él dudara de su verdadero amor, quería estar seguro que ella no lo utilizara como una válvula de escape nada más, por eso decidió esperar un tiempo. Por otra parte el no contaba más que con el terreno que ahora ocupaba, su casa era un humilde rancho que no valía nada, todo heredado de su madre muerta hace un tiempo.

Pero todo esto no era más que un “secreto” difundido ampliamente en todo el pueblo,

aunque como un rumor, y el rumor todo lo distorsiona.

Curiosamente y debido a su carácter impenetrable quizás, este rumor no había llegado a oídos del teniente a pesar del tiempo que la aventura amorosa de Claudia llevaba.

Fue por casualidad que se enteró.

Cuando volvía el teniente en su auto particular de casa de un amigo terrateniente con quien lo ligaba aparentemente un oscuro negocio, aunque esto eran habladurías y conjeturas de los más ociosos, creyó ver a su esposa caminar en dirección a la casa de su madre. Dio una vuelta por la esquina siguiente y esperó a que apareciera por la calle en que la había visto ir, pretendía llevarla él mismo.

No la vio; y se inquietó, porque si esta quería ir a la casa en donde vivió, debía haber seguido exactamente por esa avenida. Eran aproximadamente las veinte horas de una noche fría y oscura.

Dio unas vueltas por el sector y de pronto la vio; caminaba ahora en otra dirección. Detuvo su vehículo y camino tras ella a considerable distancia.

Entre unos árboles y malezas, a un costado de la cancha de fútbol, dos personas se abrazaban y besaban con pasión olvidándose del mundo.

Briceño quedó pasmado, paralizado por lo que sus ojos estaban viendo a distancia. Su primera intención fue de acribillar a balazos inmediatamente a quienes habían osado mancillar su buen nombre. Quería descargar junto con cada bala toda su ira, su odio y aplacar su vergüenza viéndolos morir.

Decenas de interrogantes llenaron su cabeza.

¿Desde cuándo? ¿Por qué? ¿Cuántos más lo sabrían?

Apenas pudo caminar, se retiró del lugar trastabillando como un borracho en dirección a su automóvil, dejando a la pareja que no se percató que habían sido descubiertos.

El teniente era un hombre de mente ágil e inteligente; de decisiones rápidas y generalmente acertadas. Eso era lo que estaba haciendo sentado tras el volante de su automóvil, guiándolo lentamente por las calles del pueblo, ideando sus pasos a seguir.

No supo cómo se encontró parado justo en donde Carlos vivía, mirando hacia el interior del sitio cercado con latas, alambres y maderas. Corriendo sin ninguna dificultad una de las latas ingresó al sitio, y luego destorciendo un alambre que cerraba la puerta de entrada ingresó a la casa.

Con una pequeña linterna que hacía las veces de llavero, iluminó el interior buscando algo que aun no lo tenía definido. Sobre una tosca mesa de madera casi en bruto estaba un plato con muestras de alimentos recientemente servidos, al lado de este había un pequeño cuchillo de cocina que había sido utilizado junto a un tenedor para ese efecto. Sin dudarlo, tomó el cuchillo por la parte de metal y lo guardó envuelto en un pañuelo. Seguidamente se dirigió al lugar en donde estaba la ropa y tomó una camisa y pantalón sucios y se marchó.

Una vez en la tenencia policial procedió a reanudar sus funciones como siempre lo hacía: Gritando e insultando a sus subordinados que era cuando más satisfacción sentía de su profesión, por lo que difícilmente alguien podría notar que algo le sucedía.

Jamás había dirigido la palabra a sus hombres por algo que no fuera relacionado con su función policial. Ninguno tampoco se atrevía a hacerlo.

Esa noche se fue a su casa un poco más tarde que de costumbre, y cuando lo hizo llegó en silencio, como si nada lo perturbara. Su esposa dormía.

Tenía en la casa una pequeña pieza en donde generalmente Briceño se aislaba del mundo, ya fuera leyendo o escuchando música; ahí durmió.

Cerca de las cinco y treinta de la madrugada, aun oscuro, se dirigió al dormitorio

donde plácidamente dormía Claudia. La despertó bruscamente la conminó a levantarse con urgencia. Claudia así lo hizo; sabía que no era prudente preguntar ni protestar, una marca en un hombro se lo recordaba a diario.

El teniente la esperaba en el auto impaciente.

Jamás se le había visto sin su amado uniforme, decía que perdía toda autoridad si se despojaba del. Ahora vestía un viejo pantalón negro lo mismo que su camisa y chaqueta.

Todavía casi dormida su mujer se subió al auto que estaba a punto de arrancar protegiéndose del frío con una manta.

Con sorpresa vio que se dirigían camino a casa de su madre, se preocupó, no supo por qué. Su madre no estaba enferma, por la noche la había visitado.

Briceño detuvo el auto al borde del campo deportivo, bajaron y se encaminaron al lugar que Claudia conocía muy bien.

—¿Qué te parece este lugar, te gusta? —Preguntó el teniente sin soltarla del brazo.

No hubo respuesta.

—¡Ah!, ¿parece que no? —Dijo riendo Briceño.

—Mira bien, ¿no te parece bonito? —Preguntó al tiempo que sacaba un gran pañuelo y procedía a amordazarla.

El terror se apoderó de Claudia que veía cómo se desfiguraba el rostro de Briceño.

De un golpe de puño la mujer cayó de espalda sobre la húmeda hierba.

—Esto te será familiar, ¿no? —y una patada hizo que la mujer se encogiera por el dolor en sus costillas.

—¿Cuántas veces te tendiste en el pasto puta? —Y se abalanzó sobre la indefensa mujer.

Montado sobre ella de tal manera que las rodillas del teniente cargaban los brazos de Claudia a la altura de las muñecas, comenzó a dar de bofetadas con sus enguantadas manos, profiriendo un insulto diferente por cada golpe que daba. Luego sacando el pequeño cuchillo comenzó a dar profundas puntadas, primero en sus brazos y luego en todo el cuerpo.

La mujer intentaba vanamente zafarse de su posición, vanos también era sus intentos de gritar pidiendo ayuda, sólo podía escucharse un lastimero gemido.

La furia de Briceño estaba desatada. Lo demostraba el desfigurado y ensangrentado rostro de Claudia que sólo miraba al cielo buscando un socorro que no llegaría, porque fuera de sí el teniente descargó una última pero feroz cortada en el cuello de la moribunda mujer.

Se paró lentamente, ya nadie intentaba escapar, satisfecho, contempló su macabra obra y se retiró camino a su automóvil.

Se mudó de ropas, guardó las ensangrentadas en la maleta del vehículo junto al cuchillo y se marchó.

Su destino: la casa de su suegra, enseguida la tenencia, correspondía ahora la segunda parte de su casi improvisado plan.

—Cabo, reúna a la gente, por favor. —Dijo visiblemente preocupado el teniente.

El cabo se quedó asombrado, nunca esperó a que de los labios de su teniente saliera la frase “por favor”. Nunca había llegado a esa hora, faltaban apenas dos minutos para las seis. Este pensó que el teniente aún dormía y por eso se expresaba diferente.

Briceño debió repetir la orden; sentado en su escritorio mientras pasaba ambas manos por su cabeza como desconcertado.

Cuatro subalternos salieron rápidamente de donde dormían restregándose los ojos y con cara de preocupación. Menos de la que mostraba el teniente que cuando estuvieron todos juntos se puso de pie.

—Muchachos — dijo ante la sorpresa de todos, los imbéciles ahora eran

“muchachos” y agregó—: mi esposa... no está... Mi esposa ha desaparecido —dijo titubeando y con claras muestras de nerviosismo e incertidumbre.

Anoche reñimos. Creo que me propasé y bueno... ahora no está —continuó diciendo ahora paseando por todo el cuarto como animal enjaulado.

»No sé a que hora pudo haberse marchado, no dormí con ella, le di una bofetada cuando reñimos. Estaba como loca, reclamándome más tiempo para ella y todas esas cosas de las mujeres, me enfurecí y... Bueno, ya saben ustedes como son,... necesito que la busquen y que la traigan.

Hasta ahora ninguno de los “muchachos” había dicho nada, sólo escuchaban atentamente mirándose de vez en cuando unos a otros y en cuyas miradas el teniente creyó advertir un dejo de burlas, pero tenía que ignorarlas.

Antes que los policías salieran de la tenencia la voz su jefe los detuvo.

No busquen en casa de su madre, ya fui —dijo apenado y se sentó tomándose la cabeza en una clara muestra de desconsuelo.

Las únicas dos patrullas con que contaba el cuartel policial salieron en busca de la desaparecida mujer, sin más antecedentes de que en su casa no estaba, ni en la de su madre tampoco.

Pueblo chico..... Un desconocido era como un extranjero. ¿Cómo no saber dónde buscar? Y allá se dirigieron.

—Ahora sí que la cagaste Carlitos. —dijo el sargento a cargo.

—No, no —dijo otro—, la que va a cagar es ella, de tanto comer nada más que frutas, va a pasar con diarreas.

—Y tan lindo culo que tiene —acotó otro sin parar de reír contagiando a los demás.

En la otra patrulla no era menos.

—Y pensar que el teniente creía que estaba creciendo. —dijo el que conducía.

—Y ¿por qué? —Preguntó otro inocentemente.

—Porque la gorra cada día le quedaba más arriba. —Contestó el primero riendo de tal manera que tubo que detener el vehículo por el dolor que le producía en la parte trasera de la cintura la risa.

—No se rían tanto “muchachos” —dijo otro que parecía gozar sobremanera con la situación.

Como si se hubieran concertado para reunirse, las dos patrullas se estacionaron en la plaza del pueblo. Cualquiera que los hubiera visto en esos momentos, habría apostado a que estos venían de alguna fiesta.

En el fondo era como una diversión para ellos.

La casa de Carlos estaba a tres cuadras de allí, y hacia allá se dirigieron.

No tenían prisa, de modo que bajándose de los vehículos caminaron lentamente y despreocupados a la parte delantera del sitio.

Que misión más fácil se les había encomendado. Como había dicho el sargento esto era “pan comido”.

Nadie dio señales de vida desde el interior de la humilde casa ante los insistentes golpes dados a las latas que a punto estaban de caer.

Uno saltó una especie de alambrada con la complaciente mirada del sargento.

Era ilegal pero qué importaba, lo habían hecho en circunstancias menos apremiantes y no lo iban hacer ahora en que la “honra de su teniente “estaba en juego”, o más bien perdida.

Nada. O más bien, nadie dio señales de vida.

—Lo más probable, mi sargento, es que hayan ido a comprar el pan para el desayuno — dijo uno sarcásticamente.

—Sí, con huevos fritos para reponer energías —replicó el sargento.

—Quién iba a pensar que el teniente se había quedado sin municiones tan joven. — Dijo otro moviendo la cabeza tratando de sacar risas a los demás.

Apenas lo alcanzaron a escuchar, los gritos de una mujer sacaron a todos de sus conversaciones absurdas e irreverentes.

Una mujer, casi anciana, corría por en medio de la calle como huyendo de una “aparición” agitando sus brazos y pidiendo ayuda.

— ¡Carlitos!... ¡Carlitos!... La Claudia... La Claudia Carlitos. ¡Socorro!... — se oía desde lejos.

Los policías enmudecieron como si fuese el teniente Briceño el que se acercaba.

— ¡Carlitos la Claudia!... ¡Socorro, Carlitos! —Continuaba la mujer

La mujer al ver a los policías redobló sus esfuerzos y siguió corriendo en dirección a ellos.

— ¡Policía! ¡Socorro, la Claudia!

Definitivamente Claudia no andaba comprando el pan.

— ¡Allá en la cancha! A la Claudia...La mataron. ¡Oh! Dios mío. En la cancha...

—Y no dijo más porque la impresión y el desgaste físico desarrollado en su loca carrera, hicieron que la mujer cayera al suelo desvanecida. No por mucho tiempo, porque apenas recobró fuerzas relató lo que había visto.

El escándalo producto de los golpes en las latas, las risas de los policías y los gritos de la mujer, produjo que los vecinos inmediatos de Carlos se despertaran y salieran a la calle.

—Vamos al lugar que dice la señora, a la cancha —dijo ya muy seriamente el sargento— y después vamos al galpón por “Carlitos”.

La mujer estaba ansiosa por subir a la patrulla y guiar a los policías al sitio del suceso que les relatara; por otra parte ella tenía fama de inmiscuirse en donde no le concernía; eso, el sargento y otros de los presentes lo sabían muy bien.

Tanto así que medio en broma, medio en serio, los habitantes del pueblo discutían a veces acerca de quién era más peligroso, ella o el teniente.

De manera que la mala fama de la mujer hizo que Carlos escapara. Porque el sargento considerando la calidad de testigo que tenía, no mandó a la otra patrulla al galpón donde laboraba Carlos mientras el se dirigía al sitio que la mujer le indicara, sino que todos se dirigieron al lugar mencionado por esta.

De modo que mientras todos se dirigían al lugar indicado por la mujer, los amigos de Carlos corrieron al galpón para alertarlo.

—Carlos te vienen a buscar, huye. —eso era todo lo que podían decirle en concreto.

No entendía nada al principio, pero después comprendió; lo que siempre temió, ya era una realidad.

Vienen de tu casa, vete. Anda, corre “huevón”, te “pillaron”. —Era todo lo que sus amigos querían decirle, era todo lo que sabían.

Carlos sabía más, así que sacándose su delantal y las botas de polietileno, y sin agradecer ni preguntar nada, se echó a correr como desquiciado sin importarle los destrozos que hacía al volcar todo lo que se interponía en su paso.

Las labores se interrumpieron en el galpón por un buen rato.

Los comentarios no se hicieron esperar.

Todos querían transmitirle fuerzas a Carlos para que lograra escapar.

Y hasta el momento Carlos había escapado. Él huía de un marido ofendido y nada sabía del

destino de Claudia.

Había logrado saltar del tren de carga sin mayores desgracias para su atormentado cuerpo en el primer cruce que daba al pueblo de Los Sauces.

Sentado estaba en las primeras filas de la iglesia volteando su cabeza cada vez que oía que alguien ingresaba a ella.

El cura hacía rato que lo había notado.

Había preparado un sermón diligentemente, con las citas bíblicas casi rebuscadas para la ocasión, pero él había sido el motivo de sus constantes “lapsus” que discontinuaban la prédica.

El cura Belisario acostumbrado estaba a que su iglesia fuera visitada por ebrios y drogadictos que huían como de sí mismos; pero este, Carlos; se mostraba diferente, por lo menos en su actuar, lo que en la banca estaba, no era más que un guiñapo humano.

Sucio hasta decir basta. Sus ropas raídas como no la mostraba ni el más pobre de los pueblerinos.

Ensangrentado hasta sus pies.

Pero ahí estaba. Firme. Atento.

Largo rato hubo de esperar para comunicarse con el cura.

Era una fecha en que todos se querían confesar, como para alivianar la “carga” soportada durante mucho tiempo.

Y así se volvían a sus casas, livianos, volátiles, etéreos.

—Padre necesito que me ayude —Dijo Carlos inmediatamente después de entrar al confesionario.

—¿Has pecado hijo? —Preguntó una voz inquisidora.

—No. Es decir sí, pero no vengo a eso. —Aclaró Carlos nervioso.

El cura Belisario debió hacer un silencio, estaba desconcertado.

—Padre, usted tiene que ayudarme —Rogó Carlos desesperado por la larga espera.

—Para eso estoy aquí hijo —Contestó el cura casi molesto.

—¿Has pecado hijo? —Repitió.

—Es que usted no me entiende, yo no vine a eso, lo que yo quiero... —Y no pudo seguir.

—La única ayuda que yo te puedo dar, es ayuda espiritual, de manera que confiesa tus pecados que yo te absolveré. —Gruñó ya casi irritado el cura.

—Sí, yo he pecado pero..... me quieren matar. —Gritó Carlos desesperado.

El cura acostumbrado a lidiar con gente de esta calaña intentó controlarse un poco.

—¿Por tu pecado te quieren matar? —Preguntó maliciosamente.

—Sí, pero es que él no la...

—Te quieres confesar sí o no. —Preguntó el cura ya notoriamente molesto.

—Padre he pecado. —Declaró Carlos resignado a seguir el protocolo.

—Te escucho hijo mío. —Se escuchó tierno.

La venganza

—Sucede que él no la... quiero decir que sin querer me enamoré porque... bueno...es casada y...

No pudo seguir su confesión.

—¿Me estas diciendo que tuviste una aventura con una mujer casada? —Inquirió el cura al borde de la ira.

—Es que él... Bueno... yo no lo busqué, sólo que la amaba.... la amo, pero él se enteró y ahora me busca para matarme. Por eso es que le digo que necesito su ayuda padre. —Le suplicó quejumbrosamente.

—¿Que clase de ser eres tú? —Preguntó el cura y prosiguió sin esperar respuesta—: Antes, te ocultabas para verte con la mujer prohibida, ¿verdad?, Y ahora que el marido se enteró

sigues ocultándote, ¿No pensaste que podría suceder, te olvidaste del mandamiento, no sabías que todo lo que hagas en la oscuridad, saldrá a la luz? —Y agregó:

—Y ni siquiera has mostrado una pizca de arrepentimiento. Si no te arrepientes nada puedo hacer por ti. —Concluyó.

Carlos meditó unos segundos antes de proferir palabra.

Cómo lo estaría pasando su amada en estos momentos, cuanto sacrificio le había costado escapar del teniente, y ahora quedaría sólo.

—Estoy arrepentido padre —Dijo Carlos convencido.

—Así está mejor —apuntó el cura—, pero te advierto que a Dios nadie lo puede engañar. De manera que reza hasta que te sientas perdonado y vete en paz a tu hogar y olvídate de esa mujer, no te pertenece. —Y dio por concluida la entrevista.

—No tengo a donde ir padre sin que el teniente Briceño me encuentre...

— ¡El teniente Briceño, el de Santa Marta! —Exclamó horrorizado el cura.

—Sí padre, me va a matar. —Contestó Carlos.

—Por dios hijo, en el lío en que estas metido —Dijo el cura tomándose la cabeza con sus manos.

—Anda, ve y espérame un rato, vamos a ver que podemos hacer —Le ordenó.

Y Carlos volvió a al lugar que ocupara antes en la banca y esperó.

Dos sacristanes que también se habían distraído por su presencia durante la misa y que ahora guardaban los utensilios con que se efectuara, lo vieron volver a su asiento y uno de ellos declaró:

— ¿Te fijaste en ese?, parece que reprobó en la confesión.

—Sí —Contestó el otro—, parece que ahora viene la confesión “segunda parte”.

—Para mí que lo mandan a confesarse al vaticano —Replicó el otro y se retiraron riendo.

El cura Belisario no podía dejar de sentir lastima por el hombre joven que aguardaba impaciente en las bancas de la iglesia.

Cuánto había oído hablar del famoso teniente de Santa Marta y sus excesos, que nada tenía que ver con el celo policial.

Se quedó un rato más, sentado en el confesionario, después de absolver al último de sus feligreses para buscar una solución al problema de Carlos.

Una buena ducha, un cuarto, y un caliente plato de sopa par el fugitivo, era por ahora la solución. Mañana buscaría la definitiva.

Después de hacer que curaran las heridas del asilado le dejó solo para que descansara, exigiéndole que rezara antes.

Carlos se durmió profundamente.

Por la mañana el padre Belisario se dirigió a la comisaría de Los Sauces para indagar a cerca de la situación de su ocasional huésped.

Su amigo, el jefe policial, lo puso al tanto de inmediato.

Se sintió estafado, burlado, engañado vilmente.

Rápida e instintivamente salió del cuartel de policía visiblemente contrariado, seguido de dos agentes en el carro policial.

Bajo de su auto y cerró de un golpe la puerta tratando de descargar su rabia.

Los policías se quedaron esperando en la puerta de la iglesia.

Caminó presuroso por los fríos pasillos de la iglesia en dirección al cuarto en donde Carlos aún dormía.

La puerta se abrió violentamente impulsada por el golpe que el cura dio, haciéndola azotar en la muralla ruidosamente.

El padre Belisario era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto y fornido y ninguna dificultad tuvo para sacar de la cama al durmiente prácticamente en vilo.

Lo levantó y dejó caer sentado en la cama.

— ¿Quién te dijo a ti que la casa de Dios era un refugio para asesinos? —Le gritó a pesar de que Carlos no entendía el porqué de la actitud violenta del cura.

— ¿A quien crees que engañas? Dios no puede ser burlado. —Sentenció dejando caer su pesada mano en el rostro de Carlos que se agazapó en un rincón sin bajar de la cama para evitar el castigo que a juzgar por la cara del cura se intensificaría.

Pensó que si lo hubiera agarrado el teniente entendería una actitud así, él había sido engañado, pero al cura.... ¿Qué lo hacía actuar así? No entendía nada,

El cura con una mano lo atrajo hacia él.

— ¿Porqué me mentiste descaradamente? Que clase de ser humano eres tú que no muestras una pizca de arrepentimiento ante el crimen que cometiste. —Y lo zamarreaba como a un monigote.

—De qué está hablando padre. —Preguntó Carlos desconcertado.

Repentinamente el cura retrocedió como espantado, respiraba con mucha dificultad y a punto estaba de caer desmayado. Se había dejado llevar por la ira y sin control se había despojado de los hábitos que le exigían otro comportamiento.

—Ahora no te puedo ayudar —Dijo un tanto más calmado y arrepentido de su comportamiento.

Si me hubieras confesado tu crimen anoche, me habría visto en la obligación de ayudarte, pero... ¡has dado muerte a un ser humano, por Dios! —Gritó tratando de controlarse.

— Padre, yo no maté a nadie, yo estoy huyendo del teniente Briceño. El al parecer se enteró que Claudia y yo.... —No pudo seguir hablando.

— ¡Basta de mentiras! —Le gritó el cura, y continuó diciendo—: Encontraron el cadáver de la esposa del teniente completamente mutilado y tendrás que pagar por ello, la policía te espera.

Ahora el agredido físicamente era el cura, porque Carlos después de escuchar esto último, se abalanzó sobre él gritando como desquiciado.

— ¡No! ¡No! Usted miente. Ella no puede estar muerta. Usted es amigo de Briceño. Sí, eso es. Usted me quiere entregara él. —Y golpeaba los hombros del cura con sus puños.

—Dígame que está viva por favor. ¡Dígallo! —Y sacudía al cura que debió retroceder ante la arremetida de Carlos.

Carlos tenía la apariencia de ser un hombre normal, nada había en su rostro, en sus palabras, que hiciera dudar de su honestidad. De ahí la irritación del cura.

De la furia, Carlos, pasó al llanto desconsolado.

Tendido boca abajo, golpeaba con furia la cama con sus puños maldiciendo al teniente.

Para llegar a ser cura, el padre Belisario no sólo debió estudiar asuntos relacionados con la teología, sino que además había sido preparado en otras disciplinas relacionadas con el comportamiento de la mente humana.

Hasta el momento no había practicado ninguna.

Si lo entregaba a la policía que lo esperaba afuera, actuaba bien, y ni él ni nadie podían reprochárselo; habría actuado conforme las circunstancias.

Pero este era un desafío que él quería enfrentar.

En el pueblo al que había sido destinado hace cerca de veinte años, nunca había tenido la oportunidad de practicar sus conocimientos científicos como psicoanalista.

Además, no había detectado ninguna anomalía en el comportamiento del sujeto que se deshacía en llanto sobre la cama.

O este era inocente y no había mentido respecto a su situación, o él era un perfecto

idiota.

Estaba dispuesto a averiguarlo ¡ahora!  
Esperó a que este estuviera más calmado y le habló.

—Quiero que me cuentes todo. Sin omitir nada. —Le dijo ayudándole a reincorporarse.

Carlos relató, entre sollozos, lo que sabía, sin que el cura se viera obligado a interrumpirle. Narró todo desde el principio hasta su llegada a la iglesia. Sin duda, entendió lo que el cura necesitaba para creerle, y mientras este lo analizaba, se sentía un tanto desconcertado; o era muy hábil, o simplemente era sincero.

Le creyó.

En la puerta de la iglesia los golpes se hacían más intensos; los policías estaban preocupados ante la demora del cura para entregar al inminente reo.

Los cazadores se fueron sin su presa. El cura decidió que Carlos sería entregado directamente a los tribunales.

Su amigo el comisario le informó que se vería en la obligación de presentar una queja ante el obispado por su clara intromisión en asuntos netamente policiales.

Al juez le pareció prudente la decisión del cura párroco.  
Y así fue hecho.

Maldiciendo a su suerte se encontraba el teniente. Algo no había salido como él lo esperara urdiendo su casi espontáneo plan.

Si había una cosa que él deseaba, era tener frente a sí al que ahora contaba con la protección de la iglesia. Maldijo al cura, a la iglesia en general.

Pero él sabía tener paciencia. Nunca le importó el “cuándo”, le importaba el “hecho”.

Bien lo sabían los jóvenes de Santa Marta, que al parecer, vivirían eternamente sufriendo la venganza de Briceño.

Podía esperar cinco, diez, treinta años para consumir su venganza. Eso era una característica suya.

Quince años tenía cuando fue objeto de una broma típica de juventud en época escolar.

Veinticuatro años tenía cuando pudo desquitarse por el mal momento sufrido y que jamás olvidó.

Sí, él se había visto en la obligación de tomar una rata muerta y en estado de descomposición por unos segundos, cuando un compañero de curso la introdujo en su maletín de los cuadernos, el autor de la mala broma se vio obligado a cenar una rata viva nueve años después.

Lo buscó diligentemente después de haber salido de la academia de policía para consolidar su venganza.

A Carlos lo esperaría pacientemente para tenerlo. Viviría para eso.

La vida en el cuartel se desarrollaba normalmente.

Después de unos días de asueto, como correspondía para quien ha sufrido tan terrible pérdida, el teniente se reintegró a sus funciones tal como si nada hubiese ocurrido.

Pero había unos cabos sueltos que era necesario atar prontamente.

A pesar de las contundentes pruebas que demostraban que Carlos era el autor del horrendo crimen, era necesario tomar algunos resguardos.

Hábilmente “convenció” a sus subalternos que el día de los sucesos él había llegado a la

tenencia a las cinco y cuarenta minutos de la madrugada.

En una oportunidad en que varios de los policías se encontraban reunidos bebiendo cervezas en casa de uno de ellos, y conversando a cerca de los últimos sucesos, salió a relucir la intención del teniente.

Después de varias botellas vacías de su líquido refrescante y embriagador que ahora circulaba en parte, por las venas de los oficiales, el dueño de casa dijo sin tapujos:

—No sé porque hay algo que me huele a “gato encerrado”.

—A gato podrido diría yo. —Masculló otro

El sargento que fuera uno de los perseguidores de Carlos no entendía a qué se referían; para él las cosas estaban claras.

—Yo no veo nada extraño en esto. —Dijo con displicencia.

—Y ¿que te parece que nos haya querido “convencer” de que el día aquel, él llegó a las cinco y cuarenta?, cuando en realidad llegó a la cinco y cincuenta y ocho minutos. —Preguntó el que estaba de guardia el día de los hechos.

—Y qué son quince minutos más o menos. —Rezongó el sargento casi riendo.

—Si no significan nada, porque él se empeña en hacernos creer que esa era la hora en que llegó. —Acotó otro poniéndose de pies.

Otro inquirió un tanto asombrado:

—¿Acaso creen que el teniente tubo algo que ver con la muerte de su esposa?

—Yo tengo mis dudas al respecto. —Contestó otro.

—A ver muchachos, aclaremos una cosa. Profirrió el sargento poniendo orden y agregó—: Si el teniente mató a su esposa, como algunos de ustedes creen, ¿Por qué se esmeró en conservar la vida del fugitivo en el tren? ¿No le convenía más matarlo que tenerlo en la cárcel? No se acuerdan que gritaba como loco: “Lo quiero vivo”, creo que ustedes están “hilando muy fino”. —Concluyó el sargento molesto con tanta “imbecilidad”.

El que había sido agredido por el teniente cuando intentó bajar al prófugo del tren de un balazo tenía algo que acotar.

—De todo lo que mi sargento dijo, yo soy la prueba “doliente” —Y se tomaba sus aún adoloridas costillas.

—Y si alguno de nosotros es llamado a declarar, ¿Qué diremos respecto a la hora? —Preguntó uno notoriamente preocupado.

—Yo no quiero meterme en líos, menos por ese... Por mi teniente. —Concluyó el más joven del grupo un poco nervioso.

—Si alguno de nosotros es llamado a declarar y nos preguntan por la hora en que el teniente llegó a la tenencia diremos que fue a las cinco y cuarenta: Para qué nos vamos ha enredar por algo tan estúpido. —Dijo el sargento con aire de “sabelotodo”.

El más joven no estuvo tan de acuerdo como el resto, pero acató la decisión de la mayoría.

—A las cinco y cuarenta entonces. —Concluyeron todos.

Meterse en líos con el teniente podía resultarles demasiado caro pensaron.

Más caro sería meterse en líos con la justicia. Pensó en voz alta el más joven.

—No te preocupes por tonteras Manuel. —Le dijeron todos.

—Si amigo, has de cuenta que tu reloj estaba adelantado. —Acotó otro despreocupado.

—Sí, y lo más probable es que ni siquiera nos llamen a declarar; por lo que he sabido las pruebas que tienen en contra del asesino son contundentes, tanto es así que encontraron el arma homicida y las ropas ensangrentadas en su casa.

Y siguieron libando su bebida preferida y conversando de otros asuntos más agradables. Del teniente no se habló más.

El padre Belisario no se conformó con entregar a Carlos a la justicia, sino que también le

proveyó de un excelente abogado.

No le fue fácil, pero logró convencer a su primo Heriberto a que tomara el caso.

Considerando las pruebas en su contra y para hacerlo más fácil y rápido, el abogado le sugirió a Carlos que se declarara culpable. No fue posible convencerlo, más bien fue él el convencido de la inocencia de su defendido.

Un poco por su primo, y otro poco por el acusado que juraba una y mil veces que él no había cometido ningún crimen, fue lo que lo hizo cambiar de opinión.

Sabía que sería difícil acreditar su inocencia, pero lo intentaría.

Su primo Belisario le esperaba, cenarían juntos.

Durante la cena conversaron de muchos temas, se visitaban poco, hasta que finalmente y minutos antes de marcharse Heriberto se refirió al caso de Carlos.

—Será una defensa muy complicada dado los antecedentes, pero me abocaré al caso con toda mi gente. —Dijo callándose algo que el cura presintió.

—Me imagino que vas a necesitar además otro tipo de recursos. —Preguntó casi conociendo la respuesta.

—Sí, precisamente de eso quería hablarte pero no encontraba las palabras adecuadas, lo siento pero no estoy en...

—Está bien, no te preocupes, te entiendo. —Le interrumpió.

Cuando el abogado se estaba perdiendo en la puerta de salida, una voz le llegó a sus oídos. “¡Dios te bendiga Heriberto!”

Al día siguiente el cura se dirigió a la cárcel para darle las buenas nuevas a Carlos. Este no se mostró entusiasmado por la noticia. No tenía ganas de pelear, no tenía incentivo, Claudia no estaba para esperarlo.

Además el montaje ideado por el asesino, seguramente le impediría salir de su encierro por mucho tiempo.

Se atrevió a decirle que lo mejor que le podía pasar era que lo condenaran a la pena capital. El cura después de darle aliento y motivarlo a para que confiara en Dios, le dejó.

La causa estaba por verse en pocos minutos.

En un antiguo y frío edificio en el centro del pueblo se hacían los preparativos para ver el caso del asesinato de Claudia. Un anciano pero ágil juez era anunciado a los presentes. Antes de tomar asiento, miró uno a uno a los concurrentes a la sala a través de unos gruesos lentes que hacían verlo de grandes ojos saltones en su pequeña cara rosada.

Los cargos fueron leídos y la cara del teniente mostró una mueca de satisfacción, la que fue advertida por Carlos y su abogado.

—Cómo se declara el acusado. —Preguntó el anciano juez.

— ¡Inocente su señoría! —Contestó Heriberto e inmediatamente se aproximó al magistrado y solicitó un aplazamiento para preparar convenientemente la defensa.

El fiscal no puso reparo, y la vista de la causa fue aplazada por diez días.

Al teniente tampoco le importó, de esa manera podría gozar más tiempo viendo la cara de desesperación del acusado.

En sólo diez días Heriberto debía reunir las pruebas necesarias para demostrar la inocencia de su defendido. Para lograrlo debía descubrir al verdadero culpable

Era muy poco el tiempo y poco también los antecedentes que tenía para comenzar.

Esa misma tarde conversó largamente con el acusado para buscar un punto de partida.

Un hermoso auto rojo recorría las calles de Santa Marta. Tres personas, dos hombres y una mujer, hacían mediciones de las distancias entre el sitio del suceso y la casa de Carlos, entre la casa del teniente y el cuartel. Del cuartel y la casa al sitio del crimen, al galpón donde trabajaba el acusado, etc. a veces a pie, otras en auto.

Una y otra vez recorrían las calles y anotaban en un papel los resultados.

La presencia del auto rojo también había sido advertida por los policías.

Decenas de veces le habían visto pasar, detenerse frente al cuartel y marcharse para luego volver con la rutina.

El teniente los miraba preguntándose qué pretendían con tantas vueltas. Pero jamás se puso nervioso, seguro estaba que el acusado no podría librarse del encierro por mucho tiempo.

Los que si estaban un tanto intranquilos, eran sus subordinados que miraban con desconfianza a los ocupantes del llamativo auto.

Por tres días tuvieron que soportar los continuos paseos de los afuerinos, que no se conformaban solamente con recorrer el pueblo, sino que entrevistaban a cuanta persona se les pusiera por delante, especialmente a los amigos de Carlos.

Varios policías fueron visitados en sus hogares por los misteriosos personajes.

Poco o nada pudieron sacar en concreto, pero si lo que querían era ponerlos nerviosos, lo estaban logrando.

Incontables veces estuvieron en la casa de Carlos buscando algo que ni ellos sabían qué, pero ahí estaban.

Lo que sí era evidente para todos, era que deseaban ser visto por la mayor cantidad de personas.

Los últimos dos días antes del juicio, los personajes volvieron al pueblo y a sus continuos paseos.

Y la hora de la verdad llegó.

Carlos y su abogado se preparaban para dar la titánica lucha para que la justicia triunfara; sentados y apoyando los codos en una mesa dispuesta para ellos muy cerca de la mesa de la contraparte.

El fiscal, un hombre panzudo y colorado, de ojos negros muy vivaces, casi burlescos, se puso de pie e inició un pequeño discurso preparado con antelación.

Señor juez: qué duda cabe que el acusado es culpable del horrendo crimen cometido en la persona de la esposa del teniente de policía, Adolfo Briceño.

Un crimen como jamás se había visto en nuestra zona.

Las pruebas reunidas hablan, y a gritos nos señalan al culpable, que dicho sea de paso, mal aconsejado por el colega defensor, por que lo prudente en este caso, es que el acusado se declare culpable de los cargos que con razón se le imputan; y pidiendo clemencia podría obtener una pena más baja que la que se arriesga ahora.

Aunque no sé si será posible tener piedad con un criminal como al que ahora vemos sentado sin ninguna muestra de arrepentimiento. Y por consiguiente podríamos haber ahorrado tiempo y dinero a la comunidad.

— Pido su señoría, por lo tanto, que suba a declarar el acusado el “señor” —esto lo dijo con sorna— Carlos Barriga.

Carlos caminó lentamente a un lugar en alto al lado del juez.

Si alguien hubiese querido adivinar lo que él sentía por dentro, sin duda habría fracasado. Su rostro no decía nada. Ni pena, ni temor. Ni ira ni rencor. Estaba vacío.

Quiso gritar que él era culpable del crimen, para terminar de una vez con todo aquello a que sería sometido, cuyo resultado no le importaba. Por otro lado se sentía culpable de la muerte de Claudia.

El fiscal se lanzó al ataque.

— ¿Reconoce usted estas prendas de vestir? —Y le enseñó una camisa ensangrentada, lo mismo que el pantalón.

—Sí, son más. —Fue la escueta respuesta que recibí.

—Quiere decirnos porqué “sus” ropas están manchadas con sangre de la víctima. — Preguntó el fiscal levantando sus cejas y esbozando una casi imperceptible sonrisa.

—No. No lo sé.

—Ah. No puede. Me imagino que sí reconocerá también este cuchillo. —Y tomando una pequeña bolsa de plástico transparente la dejó en sus manos para que la reconociera.

—Sí es mío. —Aclaró el acusado.

¡A!, es suyo también. —Y tomando la bolsa por una punta comenzó a jugar con ella haciéndola girar en el aire.

—Que curioso. Las ropas están manchadas con sangre de la víctima, y son suyas; el cuchillo fue el arma homicida, y también es suyo, pero usted dice que es inocente. Curioso. Muy curioso. —Y se alejó de Carlos apoyándose en la mesa con aire de incertidumbre.

Era una buena actuación de la que parecía gozar el teniente sentado al lado dos policías más.

Y cuando todos lo miraban esperando a que prosiguiera, en un brusco cambio de actitud se dirigió al acusado casi gritando:

— ¡Si usted no la asesinó!”. Quiere decirnos porqué “diablos” están sus ropas y su cuchillo con la sangre de la víctima.

El juez hizo un ademán de querer amonestarlo pero se contuvo.

—No lo sé. Está claro que me quieren culpar. —Dijo Carlos pausadamente.

—No lo sabe tampoco. Ahora dígame algo que me imagino sí debe saber.

¿Dónde estaba el día 28 de junio entre las cinco y seis de la madrugada?

—Ese día me levante a las cinco y cuarto como de costumbre, desayuné y salí de mi casa a las cinco y cuarenta como siempre hacia mi trabajo.

— ¿Cuánto demora en llegar a su trabajo desde su casa, y que horario tiene de entrada?

—Demoro quince minutos y el horario de entrada es a las seis.

— ¡Uf! Por fin sabe algo. —Y continuó—: Usted tenía una relación amorosa con la víctima, ¿habían pensado vivir juntos? ¿Le manifestó ella ese deseo alguna vez?

—Sí, lo habíamos conversado.

— ¿Y que esperaban?

—Yo quería esperar hasta que mejorara mi situación económica.

—Bien, creo que es suficiente, —dirigiéndose al juez prosiguió: Su señoría, — y tomando aire puso sus cortos brazos por detrás de sí y dijo a modo de sentencia:

Este caso está resuelto desde sus fáticos inicios, y me propongo demostrarlo a continuación, aunque más bien haré un relato de cómo sucedieron los hechos; como dije la autoría del crimen ya está dilucidada.

La víctima y el acusado se entendían amorosamente, ¿es correcto? —Y sin esperar la confirmación siguió—: El día del crimen, la víctima discutió con su esposo, riñeron fuerte, él la golpeó en el rostro, ella tomó una decisión y no se la manifestó a su esposo, cuando este dormía llevó a cabo su determinación.

Salió de su casa aprovechando que su esposo no la podía ver por encontrarse este durmiendo en una habitación contigua a la de ella. No nos olvidemos que se habían peleado.

»Ella salió de su casa, decía, en dirección a la del acusado. Una vez que estuvo con él, le relató lo sucedido y cómo su esposo la había golpeado.

Esto fue suficiente para que Barriga se alterara de tal manera que quiso encarar al marido agresor, y tomando un cuchillo, este cuchillo —y volvió a hacerlo girar con la punta de los dedos—, intentó dirigirse a casa de la víctima en donde dormía el marido. El cuchillo no era precisamente para intimidarlo para que no volviera a golpear a su amante, como es lógico

suponer, sino que iba decidido a darle muerte a él. —Y acercándose a la mesa bebió un sorbo de agua y continuó su relato—: Ella no lo permitió, se opuso tenazmente a que le diera muerte a su esposo.

El acusado se enardecía más aún; no soportó que ella defendiera a su rival y loco de celos, de rabia e impotencia de ver que al final ella mostraba un sentimiento de compasión por su esposo, lo que Barriga no tuvo con ella, la llevó al lugar en donde siempre se reunían y descargó toda su crueldad en ella, reconociendo que jamás la tendría para siempre por su incapacidad y por sentirse usado, como lo era. —Terminó diciendo sin dejar de mirara a Carlos.

Un silencio largo se produjo en la sala. El fiscal volvió a beber agua y movía la cabeza demostrando lo repugnante que resultaba para él tener que relatar ese tipo de cosas.

Dos lágrimas corrían por las mejillas de Carlos que no había quitado la vista del fiscal.

El teniente había mantenido su cabeza abajo durante el relato final del fiscal.

Le avergonzaba que se dijera públicamente que su esposa tenía una relación amorosa con otra persona.

El juez miraba con recelo al acusado que no había sido capaz de secar sus lágrimas que ya inundaban gran parte de su rostro.

El fiscal visiblemente agotado concluyó su relato diciendo:

—No tuvo tiempo de ocultar las evidencias. La hora de muerte de la víctima según los peritos fue a las cinco y cuarenta minutos aproximadamente. La mató y regresó a su casa; se mudó de ropas y se fue a su trabajo como si nada había ocurrido. —Y apuntando con su dedo al acusado finalizó—:

Pido, en consecuencia, señor juez que todo el peso de la ley caiga sobre este criminal. —Y se sentó mirando fijamente al magistrado.

La sala quedó en profundo silencio.

Heriberto se puso de pie y se adelantó unos pasos; se disponía a defender lo que parecía indefendible.

Muy sereno esperó a que su defendido tomara ubicación en la mesa y declaró:

—Llamo a declarar al cabo de policía Manuel Peñafiel.

Este había permanecido atento a los acontecimientos en la corte y rogaba para que no fuera llamado a declarar; por cierto, no fueron escuchados sus ruegos.

—Cabo, quiere decirnos dónde estaba el día de los hechos que aquí se investigan. — Y lo miró fijamente como hipnotizándolo.

—Estaba en la tenencia de guardia. —Contestó mirando al teniente que tenía clavada su vidriosa mirada en él, dejando ver la secreta maldad de su ser.

—De modo que cuando el teniente llegó usted estaba presente, ¿A qué hora estima usted que el teniente se hizo presente en el cuartel?

—Él llegó como a las cinco y cuarenta minutos.-

— ¿Quiere decirnos qué significa “como a las cinco y cuarenta”? ¿No está seguro?

El cabo Manuel dudó unos segundos y vio los ojos negros que le quemaban y

dijo:

—Eran exactamente las cinco y cuarenta cuando él llegó... miré mi reloj porque nunca llegaba a esa hora.

— ¿Y que pasó ahí entonces, que dijo el teniente?

Bueno... me pidió que reuniera a los demás y luego nos contó lo sucedido con su esposa.

— ¿Qué fue precisamente lo que él dijo en esa oportunidad?-

—Nos dijo que su esposa había desaparecido y que quería que nosotros la encontrásemos.

— ¿Cuanto tiempo pasó desde que el teniente llegó a cuando ustedes salieron a buscarla?

El cabo Manuel tenía su boca reseca y con mucha dificultad dijo:

—Entre cuatro y siete minutos, más o menos.-

—¿Sabía usted del romance que mantenía la víctima con el acusado?

—Este... Sí, todos, bueno, casi todos lo sabían, menos el teniente.

—De manera que esa es la razón por la que ustedes se dirigieron inmediatamente a la casa del acusado, ¿es verdad?

—Sí.

—¿A qué hora llegaron a la casa?

—Eran las.... Las seis y diez minutos cuando llegamos.-

—Bien, hagamos ahora una pequeña reseña de los hechos desde que el teniente llegó al cuartel.

El teniente llegó a las cinco y cuarenta, en promedio demoró cinco minutos en ponerlos al tanto de los hechos, lo que ya es exagerado; del cuartel a la casa del acusado no se puede demorar más de cinco minutos, lo que también es exagerado, todo esto por supuesto se puede comprobar. Y sin embargo ustedes llegaron a las seis y diez minutos. De tal manera que se han perdido veinte minutos de significativo tiempo para esclarecer este hecho; por ese motivo es que le reitero la pregunta:

—¿A qué hora llegó el teniente al cuartel?-

El cabo temblaba. Sus sospechas de que podía meterse en lío con la justicia se concretaban y casi balbuceando declaró:

—Tal vez.... Llegó.... unos minutos después, y...Quizás demoramos más en salir.

—No tengo más preguntas. —Dijo el abogado, satisfecho, había logrado en alguna medida demostrar que el teniente se estaba protegiendo de algo.

El fiscal no consideró oportuno interrogar al testigo de modo que la defensa quiso interrogar al teniente, este estaba preparado, y se enfrentó al interrogatorio sin ninguna aprehensión.

¿Podría decirnos su nombre y ocupación? —Fue una pregunta ridícula, a juicio del teniente, todo el mundo sabía esa respuesta, de manera de malas ganas contestó:

—Adolfo Briceño teniente de policía.-

—Díganos teniente ¿Usted sabía que su esposa le era infiel? —Preguntó el abogado provocando que el interrogado se incomodara notoriamente, y contestó alterado:

—Por supuesto que no lo sabía, cree que lo habría permitido.

—¿De haberlo sabido, qué habría hecho?

La protesta no se hizo esperar, la aceptación de parte del juez, tampoco. Y la defensa cambió rápidamente la pregunta.

—¿A que hora diría usted que su esposa se reunía con el acusado?

El teniente golpeo con los puños los brazos del sillón en que estaba sentado y airadamente contestó:

— ¡Cómo quiere que conteste su pregunta si ya le dije que nunca me enteré, sino hasta después de que fue asesinada!

El juez a punto estuvo de intervenir otra vez pero calló.

—He podido notar que usted es zurdo teniente, y curiosamente, por decirlo menos, el que asesinó a su esposa es zurdo. Como también es zurdo la persona que ingresó clandestinamente a la casa del acusado a robar sus ropas, la misma que ingresó por segunda vez para devolverla ensangrentada para inculpar a mi defendido.

Es obvio que hablamos de la misma persona. Es esto realmente “curioso”, muy “curioso”. —Esto último lo dijo burlándose un poco del fiscal y agregó—:

Como consta en los informes redactados por los investigadores, —se acercó al juez y le entregó un papel en sus manos— cualquier persona podía ingresar al domicilio del acusado sin ninguna dificultad, ya que la puerta se hallaba asegurada solamente con un alambre

arrollado a una aldaba, y dicho alambre se encontró arrollado en la dirección opuesta a la que giran las manecillas del reloj. O sea fue hecho por un zurdo. Está claro que esto no es suficiente prueba para inculpar o exculpar a nadie, pero resulta particularmente “curioso”, como dice tan graciosamente el fiscal.

»Como “curioso” resulta también que hay veinte minutos que nadie sabe en que se “invertieron”. De modo que para que nos hagamos una idea exacta de los hechos me veo en la obligación de repreguntar:

— ¿A qué hora llegó usted teniente al cuartel?

El interrogado frunciendo el ceño contesto secamente:

—A las cinco y cuarenta.-

—Bueno — dijo el abogado—, seguimos con la incógnita, pero eso lo dejaremos para más tarde.

Y volvió a la carga.

—La noche en cuestión, según los informes, usted agredió a la víctima. ¿Ella lo agredió a usted físicamente o intentó hacerlo?

— ¡No!

— ¿Conoce usted al acusado?

—Sí.

¿Es cierto que por su carácter vengativo usted le hizo prometer al acusado que delataría al que destruyó el parabrisas de su auto, no es cierto que usted les hacía la vida imposible a los jóvenes cuando...?

No pudo terminar porque el teniente poniéndose de pies gritó fuera de sí:

— ¡Señor juez, no soy yo el acusado!

—Abogado: ¿Adónde quiere llegar? —Preguntó el juez.

—Su señoría —dijo el abogado acercándose al teniente lentamente—, lo que pretendo es demostrar aquí, es el carácter violento del teniente, y que era el único que tenía motivo para asesinar a su esposa y lo puedo demostrar.

Y ante la incredulidad de la mayoría de los presentes, especialmente del teniente se dispuso a resumir los hechos.

—Como todas las cosas al final se descubren, como descubriremos al verdadero asesino, el teniente se enteró de la infidelidad de su esposa.

Como consta en las declaraciones hechas por una infinidad de testigos —otro papel fue a dar a las manos del juez—, el teniente es de un carácter psicópata y cruel, vengativo y traicionero. Puedo dar fe de ello. Fui víctima de su despiadado carácter cuando haciendo abuso de su autoridad, me secuestró junto a otros policías y a fuerza de golpes con su macana me obligó a tragar una pequeña rata viva en venganza por una broma que le hiciera en épocas de colegio.

De manera que ninguna duda tengo a cerca de qué clase de individuo estamos tratando. —Y apuntó al teniente con un dedo.

El teniente salió de su dilema, desde que vio al abogado defensor, creyó conocerlo, pero los bigotes y la amplia envergadura del hombre lo tenían despistado.

Pero ahora sí sabía de quién era el que pretendía acusarlo a él pese a las pruebas en contra del acusado. Se regocijó un tanto; era seguro para él que volvería a ganar la partida.

El abogado continuó diciendo:

—Habiéndose enterado de la apasionada relación que su esposa tenía con mi defendido —le interesaba al abogado repetir esto— decidió vengarse, como es su naturaleza, e ingresando a la casa del injustamente acusado, robó las prendas de vestir de éste y el cuchillo con que habría de matar a la víctima y salir arrolló el alambre que fijaba la puerta, al contrario a

como lo haría mi defendido, una vez cometido el delito se fue al y cuartel contó la ridícula historia del desaparecimiento de su esposa.

»Necesitaba hacer creer que él estaba en el cuartel a la misma hora que la víctima era asesinada; había perdido un precioso tiempo armando su coartada pasando a la casa de la madre de su esposa con el pretexto de saber si se encontraba allí. Según la madre este estuvo más de diez minutos en su casa lamentando la “decisión de su esposa”, ¡ahí están los veinte minutos que nos faltan en esta macabra historia!

—Teniente —le dijo mirándolo fijamente a los ojos—, me da gusto decirle que cometió otro error. Usted debe acordarse de que las ropas que utilizó para cometer el crimen...

—Protesto su señoría —gritó el fiscal harto de escuchar sandeces—, señor juez, el abogado defensor no tiene ninguna prueba y sólo está dilatando lo que es inminente, la condena del acusado y su derrota. Exijo que acaben las injurias y calumnias en contra del testigo.

El juez no estuvo de acuerdo. Si bien eran ciertas las aprehensiones del fiscal, no era menos cierto que el abogado defensor se traía algo entre manos. Y ordenó a

Heriberto a seguir con su defensa.

—Decía que las ropas que el teniente robó para utilizarla en el crimen —continuó el defensor parándose muy cerca de este, con la evidente intención de incomodarlo todavía más—, estaban lo suficientemente desgastadas como para que ante la mínima fuerza sobre ella se rasgaran dejando importantes evidencias como consta en los informes de los peritos.

Mientras Heriberto hablaba, caminó hasta el magistrado y le dejó otro papel y continuó:

— Comprendo la reacción del fiscal porque se dejó llevar por las evidencias y lo que es peor, se dejó llevar por las apariencias olvidando los códigos más elementales de esta bendita profesión, y también entiendo la incertidumbre que sufre el teniente, pero no lo haré cavilar más.-

El juez también quería eso.

Y el abogado prosiguió.

—Entre las uñas de la víctima, se encontraron rastros de sangre, se da por hecho que el asesino se montó sobre la víctima cargando sus brazos para inmovilizarla; y la desesperación de la víctima que estaba imposibilitada de gritar o moverse, la llevaron a clavar sus largas uñas en las piernas de su asesino.

Desgraciadamente los informes del forense no llegaron a tiempo a este tribunal, de lo contrario, mi cliente quedaría totalmente absuelto porque esos análisis demostraran la que la sangre en las uñas de la víctima, no pertenece a mi cliente, por lo que me veo en la obligación de pedir a esta corte se ordene al teniente Adolfo Briceño a que nos diga si tiene algunas marcas cerca de sus muslos como las que podrían dejar las uñas de las manos de una mujer desesperada por aferrarse a la vida, vida que usted terminó y por lo que tendrá que pagar. ¿Quiere usted enseñarnos sus muslos teniente?

— Pregunto sarcástico.

El juez quedó pasmado; esperaba otro tipo de argumentos por parte del abogado. Dudó si debía dar curso a la petición de la defensa. Pudo más su curiosidad, y de nada valieron las protestas del fiscal y la indignación del teniente que fuera de sus cabales increpaba al abogado como si estuviera en el cuartel.

— ¡Orden! ¡Silencio en mi corte! — Gritó el juez.

— ¡Esto es inaudito su señoría!, ¡Constituye una ofensa y un agravio a la justicia! — Gritó el fiscal.

— ¡Me niego terminantemente! —Vociferó el teniente.

Veinte años hacía que el juez ejercía como tal y no recordaba haber tenido que

enfrentar una situación igual. De nada le servía ahora su experiencia; y primó más su sentido común y su curiosidad.

— ¡Teniente Briceño! —Dijo el juez con la energía que sus años le permitían—. ¿Tiene usted en su cuerpo, específicamente en sus piernas, alguna marca como las que describe el abogado?

— ¡No! Definitivamente no. —Dijo el interrogado a punto de estallar.

El fiscal quiso interceder y fue acallado con autoridad por el magistrado, mientras Heriberto se mantenía en silencio.

Después de unos segundos de meditación por parte del juez y para zanjar la situación dictaminó:

— ¡He decidido que!: nos tomemos un receso. Y al mismo tiempo el testigo deberá ser examinado por un médico que la corte designe antes de proseguir con este juicio.

— ¡No! Esto es un descaro —gritó Briceño sólo por mostrar que se sentía ofendido, porque lo más probable era que las marcas a que se refería el abogado ya estuvieran a punto de desaparecer o no existieran para cuando fuera examinado. De lo contrario algo se podía hacer, pensaba.

Un hombre joven y una mujer de la misma edad irrumpieron en la sala, tenían prisa, y aprovechando la confusión imperante, corrieron por el pasillo de la sala portando en sus manos levantadas unos papeles que enarbolaban para que todos los vieran. Los depositaron en las manos del abogado defensor y se retiraron hacia atrás mirando con expectación.

Una amplia y burlona sonrisa dejó ver deliberadamente Heriberto, y acercándose por enésimas vez al teniente preguntó al tiempo que pasaba por la nariz de este los mencionados papeles.

— ¿De manera que se opone teniente a enseñarnos sus muslos?

Entonces el teniente se vio perdido, descubierto. Sólo era cosa de tiempo para que fuera condenado. Los análisis de la sangre en las uñas de Claudia sólo podían incriminarlo a él. Su rostro se desfiguró y se abalanzó sobre el abogado tomándolo del cuello haciendo que este cayera e hiciera volar los papeles por el aire.

Entre cuatro personas debieron rescatar de las garras del teniente a Heriberto, mientras en el recinto sonaba la voz del teniente:

¡Si, yo la mate y los mataré a todos también! ¡A todos! ¡No saben con quién se están metiendo! ¡Suéltlenme!

El fiscal recogió los papeles caídos y miró a su colega sorprendido. Eran tres papeles totalmente en blanco. Los exámenes a que aludiera Heriberto eran imposibles de realizar por estar el cuerpo de la víctima bañada en su propia sangre como se le informara antes del juicio.

Tendido en el piso de la sala penal, Heriberto disfrutaba de su triunfo esbozando una amplia sonrisa a pesar de que estuvo a punto de ser muerto por el teniente.

Durante la misa, el cura Belisario se mostraba visiblemente feliz. Con alegría entonaba los cánticos de alabanzas que el coro de la iglesia y los fieles ofrecían su musical sacrificio a Dios.

La prédica estuvo centrada en un versículo de la Biblia en que declara: “Mía es la venganza. Yo pagaré”.

Heriberto, que se encontraba presente en el oficio religioso para agradecer el buen término

que tuvo su participación en el juicio, no pudo dejar de sentirse un tanto culpable por los verdaderos sentimientos que lo motivaron a defender a Carlos, especialmente cuando su primo el cura, instó a la concurrencia a dejar en manos de Dios la venganza. Pero no se arrepintió de nada.

Después de la misa los primos se reunieron para cenar.

Mientras comían comentaron los pormenores del juicio y Belisario aprovechó la oportunidad de agradecerle su cometido. Heriberto le comentó que lo había disfrutado, sin comentarle el incidente entre él y el teniente en épocas de juventud, y de todas maneras sufrió una mirada de reproche de Belisario.

El cura sacó un sobre que quería que su primo viera.

Era los títulos de propiedad del terreno que ocupaba Carlos en Santa Marta acompañados con una escueta nota en que le agradecía todo los “sacrificios” que había hecho para librarlo de tamaña injusticia que se cometía contra él extendiendo los agradecimientos a Heriberto.

Belisario levantaría una iglesia en dicho lugar reemplazando la pequeña capilla.

Un hombre cargando un pequeño bolso, caminaba por la orilla del camino asfaltado sin ninguna prisa. No volteó a mirar atrás durante toda su larga caminata en espera de que alguien detuviera su vehículo y lo llevara a su destino.

El sol no hacía su espectacular entrada a la escena eclipsado por los cerros.

Este hombre no conocía el mar. Allá se dirigía, a conocerlo y con suerte a navegarlo como desde niño había soñado.

Un poema salía de sus labios, recuerdo de sus años de escuela que por sentirse identificado con el personaje de este, lo había memorizado.

“Por el valle claro  
llevan a enterrar  
al hombre que nunca  
Conoció la mar.  
Era un campesino  
De lento mirar... (1)

No quería que alguien le dedicara una elegía, a pesar que su vida daba para inspirar un sinnúmero de ellas.

Si alguien lo hacía, no sería por no conocer “la mar”, porque un camión se detuvo a metros delante de él, su destino era la costa. El mar lo esperaba y subió a bordo del vehículo con la esperanza de dejar atrás su natal pueblo y todos sus pesares y olvidarse para siempre de todos los malos recuerdos. Pero olvidó que los recuerdos le acompañarían siempre, do quiera que se encontrara.

En la parte trasera de la camioneta viajaba ilusionado a su nueva vida y a pesar de lo lejano que estaba de la costa, creía sentir el olor del mar que no conocía.

(1). “Pequeña elegía”  
Oscar Castro

